

Ni una cita más

**CHRISTIAN
MARTINS**



NI UNA CITA MÁS

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN MARZO 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

No ser amados es una simple desventura, la verdadera desgracia es no amar (Albert Camus)

Gracias a todas las chicas Martins que están ahí día a día.
A las que cada mañana tienen un “buenos días” para dedicarme.
A las que después de leer cada historia se toman su tiempo en escribirme y contarme que les ha gustado.
A las que después de dos años siguen ahí, desde el principio, agarradas a mi mano sin soltarme. Haciendo que este camino sea más sencillo, más divertido, más apasionado.
A las que acaban de llegar y se han convertido en un pilar.
A las que nunca me fallan.
Gracias...
No puedo ser más afortunado.
Disfrutad de esta novela.
Es para vosotras.

Christian.

1

Objetivos

Observé la capota gris que cubría el cielo de Madrid y suspiré. Los días nublados conseguían que mis nervios se crispasen y que mi ánimo decayese aún más —si es que eso era posible—. Eché un vistazo al reloj de mi móvil y comprobé que Alma, como solía ser habitual, llegaba más de veinte minutos tarde. Odiaba quedar con ella antes de entrar a trabajar porque solía contribuir a que yo también me retrasara. Y aquella tarde no podía retrasarme porque era mi primer día.

—¿Quieres que tome nota? —me preguntó el camarero.

Alcé la mirada del teléfono y me fijé en él. Era guapo. Tenía los ojos castaños y el pelo alborotado. Calculé que tendría unos veinte o veinti-pocos años y, por unos instantes, me sentí una asaltacunas. ¡Por Dios! ¿Dónde habían quedado mis veinte? Ya casi ni podía recordarlos. Hacía tiempo que las noches locas y los ligues de un asalto se habían quedado atrás. Ahora era una “mujer adulta”, hecha y derecha. O al menos, eso intentaba ser.

—¿Señora? —insistió el camarero.

¡Genial!, pensé. Lo de “señora” conseguía hacer mella en mi corazoncito.

—Pues... Estoy esperando a una amiga —señalé, volviendo a revisar el reloj con impaciencia.

—¿Y no quiere tomar nada mientras espera?

Resoplé, pensativa.

—Una coca-cola light.

El chico lo garabateó en una libreta y desapareció de mi vista sin mirar atrás.

Odiaba estar sola. Era algo que realmente conseguía desquiciarme, porque la soledad me permitía meditar en todas aquellas cosas que no me gustaban y que quería cambiar. Esa era la principal razón por la que pretendía —sin éxito —mantenerme ocupada las veinticuatro horas del día. Pero al final

terminaba vagueando en el sofá cada mañana.

Como Alma tardaba demasiado, terminé —una vez más —rePASando la maldita lista mental.

1. Conseguir un trabajo fijo.
2. Comprarme mi propia casa y dejar de vivir en un piso de alquiler.
3. Ahorrar (muy importante para llevar a cabo el número dos)
4. Encontrar un marido.
5. Que el marido sea rico (esta quizás me la pueda saltar)
6. Que esté bueno (esta tampoco es totalmente necesaria)
7. Que sepa cocinar (esta parte sí es necesaria teniendo en cuenta mi pésima maestría frente a los fogones).
8. Tener hijos.

Si le hubieran preguntado a la Alicia de diez años atrás qué esperaba de la vida, habría contestado eso mismo: un buen trabajo, una casa bonita, un buen marido e hijos. Siempre había soñado con ser madre. Supongo que hay mujeres que no piensan demasiado en eso, pero yo era y siempre había sido así. Si jugábamos a papás y a mamás, yo siempre decidía ser la “mamá”.

—¡Ali!

Todos los que estaban presentes en la cafetería se giraron hacia mi amiga, que acalorada, irrumpía en el local gritando mi nombre y cargando con su aparatosa chaqueta entre los brazos.

Sonreí y me levanté de la silla para darle dos besos mientras dejaba atrás mi fugaz enfado por su tardanza.

—Lo siento mucho —se excusó con carrerilla—, Ody ha mordido al gato de la vecina... Así que ya te puedes imaginar el barullo que se ha montado en la escalera.

Alma tomó asiento frente a mí en el preciso instante en que el camarero me traía la coca-cola.

—¿Quiere tomar algo?

Mi amiga se lo pensó.

—Un botellín de agua fría, por favor.

Fruncí el ceño y la escruté.

Era la primera vez que veía a Alma pidiendo “agua”.

—Estoy intentando cuidarme un poco —me explicó, apartándose el pelo alborotado de la cara y relajando los hombros mientras liberaba un suspiro—, últimamente me siento... No sé, pesada. Héctor dice que tengo que cambiar algunos hábitos, así que me he puesto manos a la obra. A ver qué tal.

Fruncí el ceño aún más.

—¿Héctor? —repetí.

Héctor era su profesor de karate. Su profesor de karate casado. Su profesor de karate casado del que, además, era su amante.

Alma entornó unos ojitos de corderito degollado y, al final, ensanchó una sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy tan feliz con él, Ali... Ya sé que tú no lo entiendes, pero podrías alegrarte un poco por mí y dejar de refunfuñar tanto —recriminó mientras me lanzaba una servilleta de papel hecha una bolita.

—La verdad es que no lo entiendo... —respondí, encogiéndome de hombros—, ¿de verdad sigues pensando que ese rollo va a funcionar?

Ella se encogió de hombros.

—La verdad es que estoy intentando vivir el momento y no preocuparme por el mañana.

—Alma...

—¿Qué? ¿Qué tiene de malo? —inquirió, cogiendo la carta de la cafetería con aire despreocupado—. Me lo paso bien con él, me trata bien, disfruto de su compañía y además, folla bien. ¿Qué más puedo pedir?

Suspiré, decidida a no rendirme.

Conocía a Alma desde los catorce años y sabía de sobra que aquella aventura terminaría con varios corazones rotos.

—¿Y qué opina la mujer de Héctor? ¿También ha decidido vivir el momento y no preocuparse por el futuro?

Sabía que era un golpe bajo, pero a veces tenía la sensación de que Alma vivía en los mundos de yupi y necesitaba escuchar la realidad.

—A la mujer de Héctor no le interesa lo que su marido haga o deje de hacer —respondió a la defensiva—, hace tiempo que ni siquiera se dirigen la palabra.

Desistí.

No podía proteger a Alma de sí misma, así que lo mejor que podía hacer era respetar sus decisiones para que nuestra amistad no se viera resentida. Durante años, Alma había sido un espíritu libre. Cada noche con uno diferente,

decidida a no enamorarse y a disfrutar de la vida. Siempre que hablábamos de mi lista Alma me decía que tenía la cabeza llena de pajaritos y que tenía que dejar de pensar en esas tonterías. Casarme, tener hijos... Todas esas cosas debían de quedar en un segundo plano. Según Alma, debía aprovechar hasta el último momento de mi vida para viajar, explorar y conocer mundo. El resto ya llegaría cuando tocase.

Pero ahora todo había cambiado. Los planes improvisados que solíamos hacer habían quedado en un segundo plano porque, de pronto, mi amiga siempre debía estar disponible para Héctor. Cuando éste la llamaba, salía corriendo y se olvidaba de todo lo demás.

Hacía un año que Héctor y ella se conocían; el tiempo exacto que Alma llevaba sin hacer uno de sus aventureros viajes. Se había recorrido Tailandia, México, Perú y unos cuantos países más antes de que Héctor apareciera en su vida, pero supongo que ya nada era lo mismo.

—¿Estás nerviosa por el nuevo trabajo? —me preguntó.

No era un trabajo importante, pero tenía la esperanza de que tarde o temprano alguna de las empresas descubriera mi gran potencial y decidiera hacerme un contrato fijo. Estaba cansada de dar tumbos de un lado para otro.

—Solamente voy a estar una semana —señalé—, es para cubrir unas vacaciones.

—Al menos estás trabajando de lo tuyo...

Alma, la pobre, tampoco tenía demasiada suerte.

Se había sacado la carrera de derecho pero, sin contar con las prácticas de la universidad, aún no había tenido la suerte de ejercer su profesión. Ahora mismo trabajaba como recepcionista en una academia de baile, aunque al menos tenía un contrato fijo y sabía de cuánto dinero dispondría a finales de mes.

—Ni siquiera es de lo mío... Estaré como ayudante de recepción.

Alma frunció el ceño y soltó una carcajada.

—¿Eso ya existe?

Asentí con pesar.

—¿Sabes ya qué vas a comer? —inquirí, revisando yo también la carta.

—Una ensalada mixta.

—¿Se puede saber qué has hecho con mi amiga y quién diablos eres tú?
—bromeé, incapaz de creer que fuera a pedir una ensalada.

Alma no tenía eso de “cuerpo sano, mente sana” como filosofía de vida. Aunque tampoco necesitaba sumar dos más dos para saber que todo este nuevo

rollo provenía de Héctor.

—Ya te he dicho que estoy intentando cuidarme... —resopló—. ¿Y tú? ¿Qué vas a pedir?

Me encogí de hombros.

En realidad, quería comerme un bocata de bacón y queso, pero sabía que ver a Alma con su ensaladita me haría sentirme una basura. Terminé optando por un sándwich vegetal y decidí rematar el postre con una porción de tarta de chocolate. Alma, en cambio, pidió un yogurt natural sin azúcares añadidos.

En cuarenta y cinco minutos comimos, nos pusimos al día sobre las últimas novedades de nuestra semana y nos despedimos. Cuando revisé el reloj, comprobé que llegaría a mi nuevo puesto de trabajo con tiempo.

Caminé de forma taciturna hasta alcanzar la boca del metro de Gran Vía. La verdad es que mi amiga me preocupaba. Lo que había comenzado como un rollito sin más, se estaba transformando en algo que daba realmente miedo. Alma se había apuntado a clases de karate para mantenerse activa. Ella era así, si no estaba estudiando idiomas, estaba aprendiendo un nuevo deporte, pero nunca desaprovechaba el tiempo sentada en el sofá —a diferencia de mí—. En la primera clase ya se fijó en su guapo y sexy profesor de karate. Tenía la misma edad que ella y un sexapil que lo hacía irresistible. Al principio sólo se lanzaban algunas miraditas fugaces que culminaban con una sonrisa y un adiós, pero una tarde, Alma decidió quedarse la última y encarar a su profesor. Ella no era tímida, más bien, era una auténtica descarada. Así que, después de tontear un poco, terminaron echando un polvo sobre la colchoneta del aula. Según Alma, aquel fue uno de los mejores polvos de su vida. Así que, ¿cómo iba a resistir a no repetir? Una cosa llevó a otra y un año después, la relación entre Alma y de Héctor era la que era. Ella era la segunda, la que siempre estaba esperando y la que vivía con la eterna promesa de que tarde o temprano Héctor dejaría a su familia para comenzar una vida nueva junto a ella. Pero en realidad, muy en el fondo, tanto ella como yo sabíamos que nada de eso ocurriría. Héctor solamente le vendía la moto para que ella no se cansase de esperar.

Con todas esas cosas rondándome en la cabeza, el trayecto hasta mi nueva empresa se me pasó en un suspiro. Me planté en la puerta y alcé la vista para contemplar con perspectiva el edificio de oficinas en el que trabajaría la próxima semana. Había aceptado aquel trabajo porque la empresa en sí era una de las más importantes a nivel europeo de su sector y podía quedar como un bonito adorno en mi currículum; aunque el puesto no era precisamente el

que deseaba desempeñar, claro. Revisé el email que la empresa de trabajo temporal me había enviado para comprobar a qué piso debía dirigirme. Planta quince. La última de todas. Aún no había guardado el teléfono en el bolso cuando dos pitidos me avisaron de un nuevo mensaje y me recordaron que debía poner mi móvil en el “modo silencio”.

El mensaje era de Dani, un chico con el que había quedado aquella noche. Lo había conocido a través de una web de citas ciegas y llevaba hablando con él varias semanas. La cosa no pintaba nada mal. ¡Y menos mal! Porque la verdad es que cada vez estaba más cansada de conocer a chicos superficiales y absurdos con los que no superaba ni una primera cita.

El ascensor iba por el sexto piso cuando pensé que, después de todo, aquel podía ser el día en el que mi vida cambiase para siempre: trabajo nuevo, una nueva cita... ¿Por qué iba a dejar de ser optimista? Tal vez, después de todo, podría cumplir con algunos puntos de mi lista de objetivos antes de lo pensado.

2

Sorpresa, sorpresa

—¿Alicia González?

Asentí con la cabeza, de forma silenciosa, mientras continuaba observando mi alrededor boquiabierta.

¡Guau!

No tenía palabras para describir aquel lugar. Aquella planta de oficinas era una auténtica pasada. En vez de paredes, había una enorme cristalera que proporcionaba unas vistas exquisitas de Madrid. Era como observar la ciudad desde el cielo.

—Bien, te estábamos esperando.

Intenté concentrar mi atención en la chica que me estaba recibiendo, pero fue difícil. El hall de la entrada era impresionante. El suelo estaba cubierto por una moqueta gris de pelo corto, la sala de estar tenía unos impresionantes sofás de piel negros y contaba con una cafetera y televisión. ¡Era una auténtica pasada!

—¿Señorita González?

—Sí... —murmuré, intentando no distraerme.

La recepcionista también era digna de admirar.

Tenía el cuerpo soñado: piernas largas, cintura estrecha, pechos generosos, cabello rubio y ondulado. Era una muñeca *barbie* en la vida real. Me lancé una mirada de desaprobación a mí misma al comprobar que mi indumentaria no era la más apropiada. Me había vestido unos jeans de color negro, una blusa blanca y unas bailarinas, convencida de que aquel *look* era simple pero elegante a su vez. Estaba equivocada. Aquella mujer sí que era simple pero elegante, no yo.

—Sígame.

Me percaté de su forma sensual de mover las caderas mientras caminaba. Recorrimos un pasillo y, mientras lo hacíamos, nos cruzamos con otra mujer que vestía un look similar al de la mujer que me guiaba y que tenía un cuerpo igual de impresionante. ¿Pero dónde diablos me había metido? ¿De verdad

estaba trabajando en una empresa de finanzas o estaba metida en una agencia de modelos?

Una cosa tenía por segura: aquella semana serviría para aplastar mi ego y que mi autoestima quedase por los suelos. Seguro. Después de aquella experiencia, terminaría bebiendo agua y comiendo ensaladas y yogurt natural sin azúcares añadidos, como Alma.

—Es aquí —puntualizó la mujer, señalando la puerta en cuestión—. Lucía te estará esperando dentro. Ella te enseñará todo lo que necesitas saber.

—Vale, gracias —musité un tanto apabullada.

Tanto lujo me hacía sentir pequeña e insignificante.

Me quedé unos instantes en la puerta, mirando fijamente cómo la recepcionista se alejaba de mí contoneándose para regresar a su puesto de trabajo.

Respiré hondo, armándome de valor, y decidí que había llegado la hora de pasar al interior. Estaba tan acostumbrada a cambiar de trabajo que los nervios del primer día prácticamente habían pasado a ser inexistentes para mí, pero después de aquel recibimiento, entreabrí la puerta con unas cosquillitas nerviosas removiéndose en mi estómago.

Desde luego, aquello no era lo que había esperado.

Era una sala llena de estanterías con dos mesas largas y dos ordenadores sobre ellas. Una mujer un poco más mayor que yo asomó su cabeza desde detrás de una torre de cajas para saludarme.

—¿Lucía? —pregunté, titubeante, mientras cerraba la puerta tras de mí.

Alcé la cabeza para mirar el techo y observar la fila de focos led que iluminaban la estancia. Allí no había ventanas que permitiesen a la luz natural del día filtrarse en el interior.

—¡Bienvenida a la cueva! —exclamó con una sonrisa.

Me fijé en ella. Nada tenía que ver con las dos rubias despampanantes que me había cruzado fuera.

Lucía era pelirroja, tenía el pelo muy rizado y recogido en un moño alto y despeinado. Vestía unos *leggings* de color negro y una camiseta morada de algún grupo de *heavy metal* que yo no conocía. Era regordeta, con unas facciones agradables y simpáticas. Nada más verla, supe que íbamos a llevarnos muy bien.

—Hola... —saludé, mirando a mi alrededor.

“Y tanto que una cueva...”, pensé.

—Menos que mal que ya me han enviado ayuda, porque empezaba a pensar que terminaría perdiendo la cabeza entre tanto papeleo —explicó con

una sonrisa—. Encantada de tenerte entre mis archivos, Alicia.

Estiró el brazo para estrecharme la mano y le devolví el gesto.

—¿Voy a trabajar... aquí? —pregunté, pensando que aquello no era, ni por asomo, lo que había imaginado.

Lucía asintió.

—Siento decepcionarte.

“No importa”, me dije a mí misma, recordándome que aquella semana solo era para decorar el currículum y poco más. Estaba de paso y no iba a quedarme mucho.

—No pasa nada —respondí con sinceridad, dedicándole una sonrisa—. ¿Qué es lo que tengo que hacer, exactamente? —pregunté, repasando con la mirada las torres de archivos que se cernían sobre nosotras.

—¿Ves todo esto? —dijo Lucía, señalando las torres de papeles—. Son archivos anteriores a mil novecientos noventa y dos. La empresa no se informatizó hasta ese año, así que tenemos que dedicarnos a traspasar todos esos papeles al ordenador. Los que ves a la derecha son lo que ya he informatizado, los de la izquierda, es decir, la gran mayoría, están aún por pasar.

—Dios Santo... —murmuré, impresionada.

¡Aquello era una auténtica locura!

—Hace un par de semanas tuvieron problemas, así que el jefe ha decidido ponerse manos a la obra con todo esto. Al parecer, la empresa está obligada a almacenar de forma apropiada todos los documentos durante, al menos, treinta años... Así que para evitarse más problemas, nos han metido en esta cueva a trabajar.

—¿Tanto costaba poner un par de ventanitas en la habitación? —pregunté antes de tomar asiento frente a uno de los ordenadores.

—Se supone que es para potenciar la durabilidad del papel y la tinta... Pero yo creo que es para torturarnos. En esta empresa es todo postureo, Alicia. Ya te darás cuenta...

Supuse que con “postureo” se referiría al desfile de modelos que había presenciado en el pasillo.

—Lo bonito se deja fuera y lo feo se esconde dentro —culminó.

Aquella última frase me hizo sentir mucho peor, pero decidí no darle más vueltas y ponerme a transcribir aquellas páginas lo antes posible.

No tardé demasiado en descubrir por qué la empresa había escondido a Lucía en aquella cueva diabólica en la que pasaría buena parte de la tarde. Era

una verdadera *crack* mecanografiando. Sus dedos se deslizaban a una velocidad vertiginosa sobre el teclado y las palabras aparecían como por arte de magia en la pantalla del ordenador. Yo, a su lado, parecía una tortuga con reuma.

Dos horas después, había traspasado unos pocos archivos al ordenador y me dolía tanto la vista como la espalda. Además, para rematar, no podía parar de toser y tenía las uñas negras por el moho y el polvo que contenían las cajas más antiguas.

—¿Por qué no haces un descanso? —me dijo Lucía, guiñándome un ojo—. Podrías traer un par de cafés del descansillo.

Agradecí el detalle y no me lo pensé dos veces.

Abandoné aquella cueva con los ojos llorosos y la garganta resentida y caminé por la lujosa moqueta grisácea hasta el hall en el que anteriormente había visto la máquina de café. Tomé una profunda bocana de aire limpio mientras el líquido marrón rellenaba los vasos de plástico e intenté aprovechar esos minutos en el exterior para distraerme. Procuré darme prisa porque sabía que, mientras yo estaba fuera perdiendo el tiempo, Lucía continuaba tecleando entre las cajas. Era imposible no sentirme culpable.

Cogí los dos vasos de plástico y revisé el reloj del rellano antes de echar a caminar de vuelta por el pasillo. Llevaba siete minutos fuera, pero habían sido suficientes para limpiar mis pulmones de la sobredosis de polvo que había inhalado. El plástico quemaba y el líquido prácticamente rebosaba. Unas gotitas de café caliente resbalaron por mi mano y terminaron cayendo sobre la moqueta gris, dejando una perfecta y redonda mancha marrón sobre ella. Miré hacia atrás para comprobar que la recepcionista no lo hubiera visto y continué hacia el archivo con el paso firme y la mirada clavada en los vasos para evitar que se desbordasen.

Iba tan concentrada en los malditos cafés, que no fui consciente de que me había pasado la puerta del archivo, mucho menos aún que alguien salía de uno de los despachos contiguos. El desastre vino después, cuando me estampé contra él y todo el café se desparramó sobre el desconocido y sobre la moqueta.

—¡No, no, no...! —exclamé, avergonzada, mientras me llevaba las manos a la cabeza.

Me sentí incapaz de levantar la cabeza para enfrentarme a él y me quedé mirando fijamente sus zapatos de piel negros cubiertos de café.

—Lo siento tanto...

Escuché un bufido malhumorado y alcé la vista, temblorosa, mientras esperaba una reprimenda. Sus ojos verdes se clavaron en mí y, entonces, los reconocí. “No puede ser él”, pensé, mientras un nudo se formaba en mi garganta.

—Joder... —musité en un susurro.

Alejandro no se fijó en mí. Se quedó observando su camisa blanca y su pantalón de traje manchados de café. Tenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa, como si intentase contenerse y no soltarme cuatro cosas bien dichas.

—Lo siento...

Él no me miró. Ni siquiera sé si me reconoció.

Pasó de largo sin decir nada y yo me quedé allí, boquiabierta, observando la marcada espalda de aquel hombre. Sacudí la cabeza y me dije a mí misma que no podía ser él. Es más, visto de esa manera, de espaldas, ni siquiera parecía el mismo chico que tiempo atrás conocí.

Decidí que lo mejor era desaparecer del pasillo antes de que regresase con una carta de despido firmada por su superior y una bayeta en la otra mano para obligarme a frotar el suelo y, de forma cobarde, me escabullí en la sala de archivos donde Lucía me estaba esperando.

Cerré la puerta tras de mí y cogí aire para relajarme, pero en lugar de oxígeno mis pulmones se llenaron del polvo mohoso que cubría el ambiente y sufrí un repentino ataque de tos.

—¿Estás bien? —preguntó Lucía, escrutándome con curiosidad.

—No... —murmuré con nerviosismo—, le acabo de tirar los dos cafés a un tío en mitad del pasillo.

Mi compañera no pudo evitar saltar en carcajadas y, finalmente, terminé por relajarme y unirme a ella en sus risas.

—¿Y sabes quién era?

Sopesé si debía asomar la cabeza al exterior, pero decidí que lo mejor era no dejarme ver por la escena del crimen. Me senté junto a Lucía con el corazón a cien por hora.

—Pues supongo que un oficinista cualquiera... —respondí pensativa—. Se parecía muchísimo a un chico que estudió conmigo en el bachiller. Ya sabes, cuando éramos aún unos mocosos.

—¿Ah, sí? —preguntó ella con curiosidad—. Pues menudo reencuentro —rió.

Yo sacudí la cabeza en señal de negación.

—Seguro que no era él... Han pasado más de diez años, así que lo habré

confundido.

Lucía se encogió de hombros y, sin añadir nada más, centró su atención en los papeles y continuó tecleando.

—Supongo que nos hemos quedado sin café.

—Lo siento...

—No lo sientas —sonrió ella—. Ese café está asqueroso. El bueno lo tienen escondido en los despachos.

Me guiñó un ojo y yo le devolví una sonrisa antes de continuar.

3

Mal comienzo, peor final

Cuando salí de trabajar tenía un mensaje de Alma. Me decía que estaba en el irlandés que solíamos frecuentar tomando algo con sus compañeros de trabajo y me invitaba a pasar por allí. Revisé el reloj del móvil y me sentí absurda por la estúpida manía que había adquirido. Siempre llevaba reloj de muñeca, pero prácticamente su única función era adornar.

Le respondí que mejor otro día y me encaminé hacia el japonés en el que había quedado con Dani para cenar. La verdad es que se me había hecho tarde en el trabajo, pero después de la metedura de pata con los cafés no me había importado salir la última del edificio. Era la manera más eficaz de asegurarme de que no volvería a cruzarme con el chico del pasillo.

Tenía ganas de conocer a Dani. Estas últimas semanas nos habíamos mensajeado muchísimo y la verdad es que parecía simpático. No quería hacerme ilusiones, pero debía de confesar que la cosa pintaba muuuy bien. Dani era bombero; alegre, simpático y divertido. Siempre parecía estar de buen humor y, además, su trabajo le permitía tener mucho tiempo libre. Le gustaba salir a correr y tocar la guitarra. Era un aventurero empedernido y le encantaba viajar, lo que hacía que de alguna manera su carácter me recordase un poquito al de Alma. Si nosotras habíamos podido ser uña y carne durante tantísimos años, ¿por qué no iba a cuajar la cosa con el bombero? Tenía la sensación de que nuestras personalidades serían compatibles al cien por cien.

Llegué la primera y me senté en la mesa que el camarero me indicó. Me dije a mí misma que Dani y Alma ya tenían otra cosa en común: los dos llegaban tarde. Me entretuve ojeando la carta pero, para ser sinceros, no entendía la gran mayoría de los platos; *makis*, *nigiris*, *gyozas*... Recé porque mi cita tuviera un poquito más de idea sobre la comida japonesa.

Treinta minutos después decidí mandarle un mensaje. Desesperada, empezaba a pensar que me había dado plantón y que tendría que levantarme ridículamente de la mesa, siendo el hazmerreír de todos los presentes. Dani no tardó en responder que se había comido un buen atasco pero que ya estaba

aparcando. “Cinco minutos y estoy allí”.

Y no mentía.

Se sentó junto a mí después de darme dos húmedos besos en las mejillas. Había una silla enfrente, pero Dani prefirió quedarse a mi lado. Movié sus platos para recolocarlos mientras me preguntaba qué tal me había ido el día. De forma disimulada, le repasé de arriba abajo. La verdad es que, por primera vez, las fotos hacían justicia al chico. Era alto, musculoso, fuerte, moreno de ojos castaños y con una bonita sonrisa. La cosa cada vez pintaba mejor, así que no pude evitar ponerme un poco nerviosa.

—Todo bien —respondí con la voz un poco temblorosa—. ¿Y tú qué tal?

—Sí, bien... Ya sabes, lo de siempre —respondió mientras cogía la carta.

Me quedé petrificada cuando su mano se desplazó hasta mi muslo y se quedó allí plantada. Al principio no me sentó nada bien, pero después me dije a mí misma que no tenía que ser tan mojigata. A fin de cuentas, ¿cuánto tiempo llevábamos hablando? ¿Dos semanas? Sí, era una primera cita. Pero en realidad daba la impresión de que nos conocíamos desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué te apetece cenar? ¿Un poco de sushi?

Asentí con la cabeza y sonreí.

No tenía ni idea de comida japonesa, así que la verdad es que me daba igual.

Le dije a Dani que podía pedir lo que se le antojase y dejé que fuera él quien tomase un poco las riendas de la situación. Pidió, además, una botella de vino blanco.

—¿No tienes que conducir?

Él me guiñó un ojo de forma divertida.

—Por un par de copitas no pasa nada, niña.

“Niña”.

Por el chat parecía mucho más serio y responsable que en persona, pero intenté no darle importancia y no tacharlo antes de tiempo.

Unos segundos después nos trajeron la cena, así que el bombero levantó su mano de mi muslo para poder coger los palillos chinos. Me sentí aliviada y me animé un poco, ya que aquel gesto me estaba incomodando bastante.

—¿Qué tal se te dan los palillos, niña?

“Niña”, otra vez.

No me gustaba nada cómo sonaba en su boca. No lo decía de forma cariñosa, si no con superioridad. No sé. Me hacía sentir incómoda, como una “mujercita” sin personalidad que uno podía adjetivar de la forma que quisiera.

Me esforcé por sonreír y me repetí a mí misma que simplemente era una coletilla que utilizaba al hablar, nada más. A fin de cuentas, por el chat siempre me había tratado con mucha educación. Incluso en algunas ocasiones llegué a pensar que era un poco seco para mí.

—La verdad es que prefiero el cuchillo y el tenedor —señalé, decidida a relajarme y dejar que la cita fluyera—. Nunca me había llamado la atención la comida japonesa.

Dani era mi último candidato.

Llevaba muchísimos meses en esa web de citas y la verdad es que aún no había conocido a nadie que llamase mi atención; más bien lo contrario. Ninguna de mis citas había llegado hasta el final y todas habían sido terriblemente desastrosas. Me había apuntado a la web de citas por recomendación de Alma. Ella la había usado durante una temporada, pero claro, su objetivo había sido uno muy diferente al mío: echar un buen polvo y no volver a ver al individuo en cuestión. “Intenta divertirte, disfrutar el momento y no pensar a qué te llevará”, me decía siempre. Suspiré hondo y procuré hacer caso a mi amiga.

—¿Y qué te gusta comer, niña? —preguntó, colocando de nuevo la mano sobre mi muslo.

Entre su pregunta, que había sonado un poco mal, y su “manita”, que no paraba de subir en dirección a mi entrepierna, no pude hacer otra cosa que sobresaltarme. Me levanté con brusquedad de la silla y procuré disimular con una sonrisa patética y la excusa de que tenía que ir al baño.

—Aquí te espero —respondió, guiñándome un ojo en un intento vano de parecer seductor.

Cogí mi bolso y, con la respiración agitada, me encerré en el lavabo. El día no había comenzado bien y, para ser sinceros, tenía pinta de que terminaría aún peor. Me apresuré a coger el teléfono y llamar a Alma. Necesitaba consejo.

—¡Eh, guarrilla! —bromeó mi amiga al descolgar—. ¿Cómo va la cosa con el *bomberazo*?

No pude evitar poner los ojos en blanco.

—Mal, muy mal —resoplé, apoyando la espalda contra la puerta para que nadie pudiera entrar—, es un salido y no para de intentar meterme mano.

Alma se quedó en silencio al otro lado.

Podía escuchar la música de un bar de fondo, así que intuí que continuaba con sus compañeros y que aquella noche Héctor había pasado de ella.

—A ver... primera pregunta: ¿está bueno?
No lo pensé demasiado antes de responder.

—Sí.

—Vamos bien —se rió—. Segunda pregunta: ¿cuánto llevas sin echar un buen polvo, Ali?

Esta vez sí que lo tuve que pensar. Demasiado. Muchísimo. Tanto que no supe qué responder.

—Lo importante es que es un cerdo.

—Esos vienen genial para pasar un buen rato y hacer guarrerías —me explicó entre risotadas—. Suéltate la melena y disfruta, de verdad. Te vendrá bien... Aunque no lleguéis a nada, estoy convencida de que necesitas una noche con un tío que sepa hacer las cosas en condiciones.

—Alma, por favor...

—Confía en mí... ¡Vive el momento! —exclamó, justo antes de cortar la llamada.

Resoplé mirando la pantalla del teléfono móvil y sintiéndome una fracasada. La lista de objetivos estaba lejos de estar alcanzada: el trabajo de mis sueños seguía estando muy lejos y el hombre perfecto desaparecido en combate. Me eché agua en la nuca y decidí, por una vez en la vida, hacer caso a mi amiga. Quizás no llegaría a un altar con Dani, pero podría servirme para disfrutar un rato y quitarme las telarañas de entre las piernas. Después, ni una cita más. Se acabó. Aquella sería la última vez que perdía mi tiempo de esa forma tan absurda.

Guardé el teléfono en el bolso y regresé a la mesa decidida a comportarme de una manera muy diferente y dejar atrás a la vieja Alicia.

—¿Qué tal? —preguntó Dani al verme regresar.

Me di cuenta en ese instante de que el chico no tenía demasiadas luces en la cabeza. A decir verdad, no sé cómo no me había dado cuenta de ello antes. Seguramente porque durante nuestras charlas yo hablaba demasiado y él se dedicaba a responder con monosílabos. Sí, seguramente.

—Bien, bien... —respondí, metiéndome uno de esos *nigiris* de arroz en la boca—. Esto está bueno, ¿eh?

Casi no comí nada y me pasé la cena en tensión.

Comer con dos palillos y con una mano en el muslo resultaba más incómodo de lo que puede llegar a sonar cuando os lo cuento. Dani se pimpló él solito toda la botella de vino blanco y, para rematar, se pidió una copa de whisky. Yo pedí una tarta de queso de postre y, gracias a Dios, me la sacaron con una

cuchara en condiciones. La devoré en un santiamén.

—Venga, que te llevo a casa —me dijo Dani, aunque yo pensaba que me propondría tomar una copa o algo así—, que tengo el coche aquí detrás.

Sonreí y le di las gracias.

En ese momento, imaginé que el chico había percibido mi tensión y que había desistido en el acto de continuar con una cita fracasada. El lema de mi amiga Alma, ese de “vivir el momento”, no parecía hecho para mí.

Dani tenía un Volvo de esos antiguos con tapicería de cuero y salpicadero de madera. Parecía el típico coche que uno heredaba de sus padres. Y seguramente, así habría sido. Había aparcado el coche en el callejón trasero del restaurante, lo que me hizo imaginar que frecuentaba aquel sitio habitualmente.

—Ey, niña, lo he pasado muy bien contigo... —me dijo, sonriéndome con sus blancos y seductores dientes—, ¿y tú?

“Vive el momento”, me repetí mentalmente mientras Dani deslizaba esa manita suya otra vez al mismo sitio de antes. Imaginé porqué traía a las chicas a ese restaurante y también imaginé la razón por la que se había ofrecido a llevarme a casa. Me tomé unos instantes para meditar, pero antes de haber tenido tiempo para decidirme, el bombero ya se me había abalanzado y me comía la boca. Yo era una más. Y, en efecto, había estado en lo cierto: Dani y Alma tenían muchas cosas en común. Los dos eran viajeros, los dos llegaban tarde y los dos utilizaban la web de citas para echar un polvo. “Vive el momento, Alicia”.

¡Y qué demonios!, me dije, colocando mi mano sobre su vientre. Estaba duro como una piedra. Y, ¡joder! La verdad es que el chico besaba muy bien. Antes de que pudiera darme cuenta, ya habíamos pasado a los asientos de atrás y estábamos medio desnudos. Dani parecía tener destreza en eso de desnudarse en el interior de un coche, así que al igual que en la cena, le permití tomar las riendas de la situación. Me desnudó por completo y me lamió enterita. Desde los pechos hasta... Bueno, hasta el final. No se dejó nada por el camino y tengo que admitir que todo lo que hizo, lo hizo muy bien. De maravilla. Cuando me quitó las braguitas y se clavó en mi interior sin antes tocarme, ya estaba preparada para él. Llevaba tanto tiempo sin sexo que no tardé ni dos segundos en excitarme y volverme loca de placer. Dani besaba de forma apasionada mi cuello mientras entraba y salía de mí, hundiéndose hasta el fondo una y otra vez. Estuve convencida de que al día siguiente tendría chupones amoratados, pero ni siquiera eso me importó. Por primera vez en

mucho, muchísimo tiempo, me rendí al momento y me permití disfrutar mucho de él. Primero me fui yo y, cuando sintió mi orgasmo, se permitió estallar él. Era un imbécil en la mesa, pero en la cama era un verdadero Dios.

4

¡Es él!

Como era de esperar, la siguiente mañana mi móvil echaba chispas. No había rastro de Dani, pero Alma me había bombardeado a mensajes exigiéndome que le contase todo con detalle.

Aquella mañana me desperté un poco más tarde de lo habitual. Mi despertador tenía la opción de “volver a sonar en diez minutos” y de forma inconsciente había pulsado esa tecla en dos ocasiones. Así que llevaba veinte minutos de retraso. Me duché rápidamente con el agua muy fría —me costaba espabilar por las mañanas —y me vestí un poco más elegante que el día anterior. Supuse que nadie se fijaría en mí mientras estuviera encerrada en la cueva de archivos, pero cruzarme con la recepcionista me hacía sentir de menos. Me puse unos pantalones de vestir, una blusa blanca que transparentaba muy discretamente mi sujetador del mismo color y unos tacones bajos. Me hice un moño alto porque no me quedaba tiempo suficiente para arreglarme el pelo de mejor manera, y desayuné un par de tostadas y un zumo de naranja de tetrabrik antes de salir corriendo hacia el metro.

Sonreía de forma absurda y fui consciente de que aquel revolcón rápido con el bombero me había sentado de maravilla. Me sentía una mujer sensual y poderosa y veía la vida de una manera diferente. Saqué el teléfono móvil y le escribí a Alma: te veo esta noche y te lo cuento todo. Mi amiga no tardó ni dos minutos en responderme: Hecho. A las 10 en el *black*.

El *Black and White* era otro de los pubs de moda que solíamos frecuentar cuando nos apetecía un poco de jaleo. Cuando esperábamos estar tranquilas, optábamos por el irlandés ya que tenía los mejores batidos de chocolate de toda la ciudad. Le respondí a Alma con un escueto “ok”, rezando internamente porque aquella noche mi amiga no me dejase tirada. Si Héctor la llamaba, Alma desaparecía del mapa; así de sencillo. Pero la quería demasiado como para enfadarme con ella. Sabía muy bien lo enamorada que estaba, aunque ni siquiera ella quería admitirlo.

Revisé mi reloj cuando pasaba por el umbral de la puerta principal del edificio. Llegaba con diez minutos de antelación —lo que era asombroso si tenía en cuenta que me había dormido —y con una sonrisa de oreja a oreja. Me sentía plena. Llamé al ascensor pensando que podía aprovechar para coger un par de cafés antes de encerrarme en aquel cuartucho oscuro y húmedo donde pasaría el resto de la mañana y buena parte de la tarde. El primer día solo había tenido que ir unas pocas horas, pero hoy ya comenzaba con la jornada partida que tendría el resto de la semana.

Las puertas estaban a punto de cerrarse cuando vi una sombra corriendo hacia el ascensor. Pulsé el botón para que se abrieran de nuevo, pero el maldito trasto no reaccionó. Por suerte, el hombre llegó lo suficientemente a tiempo para introducir la mano entre ambas puertas y obligarlas a volver a abrirse.

—Lo siento, no le había... visto —tartamudeé, confusa.

No podía ser verdad...

Él chico sacudió la cabeza en señal de negación.

—No pasa nada —respondió de forma seria sin siquiera mirarme.

Sí, era el tipo al que le había tirado el café encima.

Y sí, ya no queda ninguna duda al respecto, ¡era Alejandro!

—Joder...

—¿Cómo?

“¿De verdad lo he dicho en voz alta?”

—Nada, lo siento.

El ascensor alcanzó la planta más alta del edificio y las puertas se abrieron de par en par. ¿Cómo no iba a reconocer a Alejandro Montero? Tan solamente había estudiado conmigo un año —ni siquiera llegó al año—, pero se había encargado de pasar por nuestro colegio marcando huella muy hondo en el corazón de todas las adolescentes. Diecisiete años, chico nuevo, rico, rebelde, y con unos ojos verdes capaces de derretir el corazón de cualquiera. Su padre se había mudado por negocios y Alejandro pasó por nuestra aula durante aquel curso. Yo, en concreto, compartí con él los deberes de física y química y un par de besos a hurtadillas en el lavabo. Aunque supongo que besó a muchas y que, quizás por esa razón, no se acordaría de mí. Yo solamente fui una compañera más; una persona que conoció hace demasiados años y de la que en esos instantes no conservaba ni un recuerdo.

—Buenos días, señor Montero —saludó la recepcionista, levantándose de su silla—, esta mañana tiene dos reuniones, y hace diez minutos que ha

recibido una llamada de sus socios de Japón. ¿Quiere que le ponga en contacto con ellos?

Me quedé paralizada en la entrada del hall mientras veía a Alejandro Montero alejarse por el pasillo y a la recepcionista persiguiéndole como un perrito faldero.

—¡Joder! —exclamé una vez más con las pulsaciones aceleradas.

Era “el jefe” y yo le había tirado dos cafés encima en mi primer día de trabajo.

Decidí no arriesgarme a cometer dos veces la misma metedura de pata y pasé de largo la cafetera del hall para encerrarme lo antes posible en la cueva. Para mi sorpresa, Lucía había llegado antes que yo y ya estaba tecleando como una loca sobre la máquina.

—¡Buenos días! —me saludó de forma enérgica.

—Buenos días —respondí, aún consternada por todos mis descubrimientos.

Ella levantó la cabeza de la pantalla.

—¿Estás bien? —me preguntó—, te he traído un café, por cierto.

Deslicé la mirada hacia el vaso que descansaba sobre la mesa de trabajo y asentí con la cabeza de forma agradecida.

—La verdad es que no. ¿Te acuerdas del tipo al que le tiré el café ayer? Resulta que sí es mi antiguo compañero de clase.

Lucía soltó una carcajada.

—Pues menudo reencuentro tan bonito —bromeó.

—Y eso no es lo peor —puntalicé, sentándome en la silla contigua y pulsando el botón que encendía el ordenador—. Lo peor es que es el jefazo. ¿Cómo diablos no sabía quién dirigía la empresa?

Mi compañera pestañeó, incrédula, y volvió a saltar en carcajadas. Tal y como había presentido en un primer momento, llevarse bien con Lucía resultaba muy sencillo y agradable.

—Supongo que te referirás a Montero hijo, porque al padre lo veo demasiado mayorcito para haber ido contigo a la escuela.

Tragué saliva y asentí.

—Estará aquí un par de días y se marchará —señaló Lucía, guiñándome un ojo de forma tranquilizadora—. No suele venir a menudo porque trabaja en la sede de Londres, pero de vez en cuando, aparece por aquí. Vaya mala suerte has tenido, hija mía...

Le di unos sorbos al café esperando a que la pantalla del escritorio se

cargase por completo.

—Pues la verdad es que sí... La parte buena es que parece que no me ha reconocido.... Y menos mal, porque si no habría sido bochornoso.

Ella, conforme conmigo, asintió.

Y sin perder el tiempo nos pusimos a trabajar.

Lucía me explicó que, en realidad, ella era la informática de la empresa. La cueva siempre estaba vacía y uno acudía a ella cuando necesitaba buscar algún papel perdido, pero nada más. Cuanto antes terminase de archivar aquellos documentos, antes podría regresar a su puesto de trabajo.

—También hay otra cueva en el sótano, pero esos papeles no tienen demasiada importancia y no creo que a los jefazos les importe qué ocurra con ellos... Así que mi tortura terminará cuando por fin termine con todas estas cajas.

Así que, después de todo, comprendí porqué me habían contratado tan solamente para una semana. No se trataba de cubrir unas vacaciones, no.

—Bueno, pues entonces haré todo lo posible por poner fin a tu sufrimiento lo antes posible —bromeé con la voz gangosa por los mocos y el polvo.

Aquella semanita en la cueva me pasaría factura, seguro.

Poco a poco la mañana fue transcurriendo hasta que, al final, llegó la hora de comer. Traspasar los archivos al ordenador no requería de una gran concentración mental, así que mientras transcribía las letras de las páginas malolientes y mohosas, pensaba en la noche que había pasado con Dani. Más bien, pensaba en el polvo que habíamos echado en su coche. Sí, había estado bien. Muy bien. Pero cuanto más pensaba en ello, más sucia me sentía. Aquella forma de actuar era más propia de Alma que mía, aunque no podía negar que a modo de “distracción” funcionaba a las mil maravillas. Desbloqueé el teléfono para comprobar si tenía algún mensaje de Dani y, como cabía esperar, me encontré con la pantalla vacía. Mejor. Más allá del sexo, aquel chico no tenía nada que rascar.

“Se acabaron las citas absurdas”, me volví a repetir a mí misma, “ni una más”.

—¿Vamos a comer? —le pregunté a Lucía, dejando de nuevo el aparatito en el bolso.

Ella sacudió la cabeza en señal de negación.

—Ve tú, tranquila. Yo me suelo traer un táper de casa... Así que comeré aquí —me dijo, dedicándome una breve sonrisa—. Tienes una cafetería muy buena en la primera planta, con un buen menú del día y unos sándwiches muy

buenos.

Agradecí la ayuda y decidí salir corriendo de aquel lugar lo antes posible. No sé muy bien cómo lo hacía Lucía para no morir asfixiada, pero cuantas más horas pasábamos allí encerradas, más me costaba respirar.

Recorrí el pasillo taconeando sobre la moqueta gris y llegué al ascensor. Le dediqué un breve saludo a la recepcionista, pero ésta no levantó la cabeza del ordenador para devolvérmelo. En fin, daba igual. En aquella empresa no se me había perdido nada y tan solamente tendría que pasar allí cuatro días más.

Bajé a la primera planta con las tripas gruñéndome. Me moría de hambre. Como cabía esperar, la cafetería de la que me había hablado Lucía estaba totalmente abarrotada, pero al menos las mesas se libraban con mucha facilidad. La gente comía rápidamente y no perdía un solo segundo antes de volver al trabajo; lo que a mí me resultaba admirable. En mis otros empleos, había aprovechado hasta el último segundo de mi tiempo libre estirándolo al máximo. En esta ocasión intentaría regresar lo antes posible porque suponía que mi ausencia significaba una buena faena para Lucía.

Me senté en una mesa y un simpático camarero se acercó con rapidez para recitarme el menú de aquel día y tomarme nota. Me decanté por un filete de ternera con patatas fritas. Sí, ya sé... Si quería quitarme aquellos kilitos de más debía evitar las patatas fritas y las tartas, pero se me resistían demasiado. La comida era mi debilidad. Literalmente.

Cuando el camarero se marchó y levanté la cabeza, me percaté de que en una de las mesas de enfrente estaba sentado Alejandro Montero. Tragué saliva y agaché la mirada para no tropezar con la suya, pero después me sentí realmente absurda mirando un plato blanco vacío. Saqué mi teléfono y escribí a Alma para entretenerme, pero mi amiga parecía ocupada en esos instantes. Supuse que estaría trabajando. Finalmente, me entretuve fisgoneando las redes sociales. Aquel solía ser mi antiguo hobby. Y digo antiguo porque meter las narices en las perfectas vidas ajenas del resto de la población consiguió hundir por completo mi moral y alejarme de ellas. Ahora solamente lo ojeo cuando no tengo otra cosa mejor que hacer y quiero mantenerme entretenida.

Levanté la cabeza hacia Alejandro; parecía concentrado en unos papeles. Tenía el plato de comida junto a una tablet y, frente a ambos, un cuaderno con papeles abierto por la mitad. Me pregunté si “el jefazo” no podía tomarse un ratito libre para comer tranquilo, sin obligaciones. Como parecía estar tan absorto en sus quehaceres, me permití escrutarle con descaro. La verdad es

que Alejandro era y siempre había sido un bombón. Ojos verdes, piel morena, pelo castaño, metro noventa de músculo y fibra, una espalda que parecía estar bien moldeada en el gimnasio y una sonrisa de infarto. ¡Dios... hacía demasiado que no veía esa sonrisa! Me dije a mí misma que era imposible tener aquellos dientes nucleares y me convencí de que, seguramente, se habría hecho un blanqueamiento. “Con dinero la gente nunca es fea”, me dijo una vocecita en mi cabeza

Alejandro llevaba un traje carísimo. Seguramente confeccionado por algún importantísimo diseñador italiano cuyo apellido era imposible de recordar. Al menos para mí, claro. Sonreí al recordar aquella primera vez en la que lo vi aparecer en mi aula. Se sentó en la parte trasera desprendiendo aquellos aires de superioridad, misterio, riqueza y rebeldía. Alejandro Montero fue la comidilla de todas y cada una de las mujeres del instituto. Es más, estoy convencida de que incluso las lesbianas hablaron de él. ¿Y lo importante que me sentí cuando, aquella mañana después de perseguirme por el pasillo, me encaró en la puerta del baño? Me habló con esa maldita seductora sonrisa y aquellos labios tan carnosos. Me parecía irresistible. Incluso en aquel instante ya sabía de sobra que Alejandro era un mujeriego. Un ligón. Le encantaba que todas las chicas estuvieran detrás de él y, cuando alguna lo ignoraba, se esforzaba por llamar su atención. Coleccionaba ligues, sí señor. Y presumía de ello, de los coches de su padre y de los viajes que hacía cada verano. Y mientras le miraba, estuve totalmente convencida de que no había cambiado un solo ápice. Trajes, dirigir una empresa, lujo y mujeres guapas con pinta de super-modelos para recibirle en una recepción. Exactamente lo mismo que cuando tenía diecisiete años, ni más, ni menos. Y ni siquiera su aspecto distaba demasiado del que había tenido años atrás.

Yo, en cambio, nada tenía que ver con la Alicia de antaño. Sí, la esencia seguía siendo la misma, pero ahora era una chica adulta, madura y responsable. Había trabajado para sacarme mi carrera, intentaba encontrar un trabajo serio en el que quedarme y tener mi propia casa. Bueno, mi aspecto también había cambiado: caderas más anchas y un poco de barriguita, pero nada que no se pudiera solucionar sufriendo un par de horas de aeróbic semanales. Además, después de mi último revolcón con Dani, incluso mi mentalidad respecto a los hombres había cambiado: ni una cita más. Lo importante era centrarme en mí misma y en mis objetivos. ¿Por qué las mujeres necesitábamos de los hombres para tener nuestra familia? Esa mentalidad absurda se había terminado para siempre.

Me dije a mí misma que de ahí en adelante sería una mujer moderna del siglo veintiuno... Lo de casarme ya no era una prioridad, más aún después de haber descubierto que todos los tíos de aquel maldito planeta eran unos hijos de... cabrones. Dejémoslo en cabrones. ¡Inseminación artificial! Una consultita en el médico y... ¡voilà!

Pensé que aquella “nueva yo” me gustaba. Me estaba convirtiendo en una mujer de la que sentirme orgullosa y, además, estaba reduciendo mi lista de objetivos en tres puntos de un solo plumazo. Bueno, seguía teniendo el problema de no saber defenderme en los fogones... Pero supuse que podría incorporar en la lista “apuntarme a clases de cocina”. Pensé en Alma. Si quería ser feliz, tenía que empezar a olvidarse de Héctor. Aquel cabrón egoísta lo único que hacía era chuparle la vitalidad y la felicidad.

—¿Alicia González?

La voz sedosa de Alejandro me distrajo de mis pensamientos. Al regresar a la realidad me percaté de que el camarero ya me había traído a la mesa mi plato combinado.

Tragué saliva y carraspeé antes de responder, apabullada porque Alejandro Montero estuviera de pie justo a mi lado.

—Sí... —musité.

Pues, al final, sí que había terminado acordándose de mí. Bueno, tampoco era tan extraño, ¿no? A fin de cuentas, yo no le había olvidado. Sobre todo recordaba muy bien aquella mañana de primavera en el lavabo de chicas en la que Alejandro me metió la mano por debajo de las medias y de las bragas mientras me besaba de forma apasionada. No pude evitar sulfurarme levemente al recordar aquellos actos locos de nuestra juventud común.

—Venga a verme a mi despacho cuando termine de comer —concluyó antes de darse la vuelta y de dirigirse a la puerta de la cafetería.

Yo me quedé ahí plantada sin comprender muy bien a qué venía aquello. Con un “¿qué tal? ¿Cómo te trata la vida?” habría sido más que suficiente.

Pensativa, partí un pedazo del filete y me lo llevé a la boca. Debía de llevar allí un buen rato, ya que se había terminado quedando frío. Engullí las patatas sin prácticamente masticarlas y me acerqué a la barra de la cafetería para pagar el menú con tarjeta.

—No la acepta. ¿Tiene otra?

Puse los ojos en blanco.

—¿Cómo que no la acepta?

Mi día había comenzado muy bien, sí, pero la verdad es que comenzaba a

ir a peor según avanzaban las horas.

La camarera cogió el datáfono y me mostró la pantalla en la que la palabra “denegada” lucía con claridad.

Suspiré, exasperada, pensado que debía de ser un error. Seguro la maldita tarjeta se me había desactivado por llevarla en el bolsillo, cerca del teléfono móvil. No era la primera vez que me pasaba algo parecido.

—¿Y cuánto es la cuenta? —respondí, sacando el monedero del bolso.

—Once con cincuenta.

Me apresuré a abandonar aquel lugar lo antes posible, sintiéndome a su vez un tanto avergonzada porque varios empleados de la empresa hubiesen presenciado aquello. “Seguro que se piensan que soy una muerta de hambre”, pensé mientras sacaba el teléfono móvil para entrar en la aplicación de mi cuenta bancaria y comprobar que, efectivamente, se trataba de un error.

5

El mundo contra mí

Pestañeé, incrédula, sin poder apartar la mirada de la pantalla. ¿Qué diablos significaba todo aquello? Las puertas del ascensor se abrieron de par en par al llegar a la planta número quince. Con las piernas temblorosas, di un paso al frente y me dirigí hacia los sofás de piel negra que estaban junto a la cristalera.

Aquella vez la recepcionista sí que se percató de mi presencia, aunque no me dedicó ni un pequeño saludo. Tampoco me importaba lo más mínimo. Suficiente preocupación tenía con entender por qué la maldita compañía de luz me había sacado ¡seiscientos veinte euros en recibos bancarios!

No había dejado ni un solo euro en mi cuenta... ¡Y lo peor que estaba en negativo!

Busqué el teléfono de la compañía en *google* y marqué el botón de llamada con las manos temblorosas y los ojos empañados por la ansiedad. “Debía de haber un error”, pensé, procurando no agobiarme antes de tiempo.

—Buenas tardes, le habla Tatiana... ¿En qué puedo ayudarle? —respondió la voz de una chica latina después de que me tuviera que pelear quince minutos con un contestador de voz automático.

—Pues mire, Tatiana, soy Alicia González y estoy llamando porque ahora mismo...

—¿Podría indicarme su DNI, señora González? —me interrumpió la mujer.

Mis nervios ya estaban bastante crispados, pero me esforcé por no parecer maleducada y le dicté mi DNI haciendo uso de toda mi paciencia.

—Verá, acabo de ver que se han pasado unos cinco o seis recibos bancarios por mi...

—¿Podría indicarme su dirección, señora González?

Miré el reloj del teléfono.

Llegaba tarde, muy tarde. Además, mi paciencia comenzaba a extinguirse. Con carrerilla, murmuré la dirección postal de mi domicilio y continué con la explicación cruzando los dedos porque no volviera a interrumpirme.

—Verá, acabo de comprobar que la compañía de gas me ha pasado por mi cuenta bancaria unos cinco o seis recibos por un importe que asciende de seiscientos euros... —al otro lado de la línea se escuchaba un vacío sepulcral y sospeché que la chica latina pudiera haber colgado—. ¿Hola? ¿Está ahí, Tatiana?

—Ajá, estoy aquí, señora González.

—Sí, vale... —respondí, aliviada—. Pues creo que debe de tratarse un error.

“O eso espero”.

—Comprobaré lo que me está diciendo, señora González. La pongo en espera —advirtió, justo antes de que una musiquita se comenzase a reproducir a través del altavoz.

Pataleé con nerviosismo contra la moqueta y volví a mirar el reloj. Lucía debía de estar acordándose de mí y de todos mis antepasados. Pero no podía colgar y dejar ese asunto sin resolver. Que la cuenta estuviera en número rojos implicaba que el banco me fuera a cobrar, además, intereses, ¿verdad? ¿Y si además me intentaban pasar algún otro recibo y mi banco lo rechazada por falta de liquidez? No, no. Tenía que solucionar eso lo antes posible.

—¿Hola? ¿Tatiana?

La música continuó reproduciéndose y mi nerviosismo fue en aumento. Estaba a punto de cortar la mañana cuando la chica regresó a la línea.

—Ya lo he comprobado, señora González.

—¿Y bien? —inquirí, fijándome en la recepcionista. Al parecer y de forma repentina, había comenzado a interesarse por mi presencia en el hall.

Estaba convencida de que estaría escuchando cada palabra de la conversación desde detrás del mostrador.

—Los recibos son correctos.

—¿Pero cómo diablos van a ser correctos? —pregunté, elevando el tono más de lo que esperaba—. ¿Cómo voy a generar seis facturas en un solo mes?

—Los recibos no corresponden a un solo mes, señora González —canturreó con su marcado acento—. Corresponden a meses anteriores.

Aspiré y suspiré, controlando mi mala ostia para no estampar el teléfono contra la pared de enfrente. Muy bien, habían terminado con mi paciencia.

—¿Y a qué meses corresponden? —inquirí de malhumor, esta vez sin controlar mi tono de voz desagradable.

—Corresponden a febrero, marzo, abril y junio del dos mil dieciocho.

Necesité procesar por partida doble aquella frase.

—¡Pero si estamos en el dos mil diecinueve!

—Sí, señora...

Me quedé en silencio y, al ver que la tele-operadora no añadía nada más, intenté hacer cuentas mentales. Yo me había mudado en enero del año pasado a ese nuevo piso y, desde entonces, había pagado cada uno de los recibos bancarios de la luz y el gas. ¿Cómo era posible entonces que se me pasasen esas cuotas? ¿Me estaban cobrando por partida doble?

—Tatiana, mire, tiene que haber un error, de verdad... ¿No podría comprobar que las cuotas fueran las correctas? Yo ya pagué todos los recibos el año pasado y no tenía ninguna deuda...

—Es que verá, señora González, esas facturas no corresponden al domicilio que me ha señalado usted.

—¿Y a qué domicilio pertenecen?

¡Increíble!

—Eso no puedo indicárselo, señora González.

¡¡¡¡¿Pero cómo que no?!!!!

—Pero vamos a ver, si son mis facturas, ¿necesitaré saber a qué domicilio pertenecen!

—Sí, señora, pero es que ese domicilio ya no está a su nombre...

No necesité atar más cabos para comprender que hablaba de mi anterior piso de alquiler. Miré el reloj nuevamente; llegaba con más de veinte minutos de retraso y no podía demorarme más. Le pregunté a la tele-operadora a ver si estaba en lo cierto y, en efecto, corroboró que así era.

—Esos recibos le pertenecen al propietario del piso o a los nuevos inquilinos —señalé de mal humor—, deberían reclamárselos a ellos.

La chica de acento latino que me atendía al otro lado no respondió.

—Lo siento, señora, pero eso tendrá que solucionarlo con el anterior propietario.

Colgué el teléfono con ganas de echarme a llorar. Caminé por el pasillo hasta la habitación de los archivos. Gracias a Dios, Lucía era de lo más comprensiva y no necesité excusarme demasiado. Me dijo que no pasaba nada y que no tenía de qué preocuparme, que comprendía perfectamente la situación. Aproveché para desahogarme con ella y resultó ser una estupenda confidente.

—Yo reclamaría por la asociación de consumidores... Seguro que lo solucionas más rápido que discutiendo con el propietario.

Asentí.

Recordaba a aquel viejo gruñón y estaba convencida de que no conseguiría que me devolviese ni un solo euro de aquellas facturas.

—¡Oh, no! —exclamé, llevándome las manos a la cabeza y levantándome de un salto de la silla.

Volví a mirar el reloj y confirmé que hacía más de una hora que debía de haber acudido al despacho de Alejandro Montera.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Lucía, boquiabierta, mientras yo me alejaba apresurada hacia la puerta.

—¡Alejandro me había llamado a su despacho y..., me he olvidado de él! Lucía, divertida, saltó en carcajadas.

Salí apresurada e, incluso cuando cerré la puerta, pude escuchar su desternillante risa desde el otro lado. Desde luego, aquel día estaba siendo de película.

Caminé hacia el fondo mientras releía las plaquitas que señalaban a quién pertenecía cada despacho. El del fondo, el más grande, estaba señalado con la placa de Sr. Montera. Me froté las manos con nerviosismo antes de golpear la puerta con los nudillos.

—¡Pase!

¿Cómo diablos se las apañaba para que su voz sonase tan sensual sin pretenderlo? En nada se parecía al “qué te gusta comer, niña...” de Dani, “el bombero”.

Obedecí la orden y me adentré en su despacho. Alejandro, que parecía concentrado en la pantalla, no se molestó en levantar la cabeza para saludarme. En lugar de eso, me indicó con la mano que tomase asiento frente a él y que esperase. Nuevamente, obedecí.

Esperé pacientemente a que terminase sus quehaceres mientras meditaba en el patético estado en el que se encontraba mi cuenta bancaria. No tenía dinero ahorrado para emergencias, así que supuse que mi única opción era pedirle un poco de efectivo a Alma y rezar porque no tuviera ninguna factura más pendiente. Si así fuera, me pondría al día con ellas el siguiente mes.

Alejandro carraspeó y, de forma involuntaria, mi atención se dirigió a él. ¡Joder! ¡Qué guapo era! Una sonrisita se filtró en mi rostro mientras rememoraba aquella vez en la que se levantó en mitad de una clase y se marchó sin decirle nada al profesor. Todos nos quedamos de piedra, pero claro, nadie se atrevió a decirle nada. Al fin y al cabo, era Alejandro Montera. Incluso en aquellos años de juventud ya era chulo, engreído e... irresistible. Me pregunté qué querría de mí. Estaba convencida de que me había

reconocido, pero con un “qué tal todo” habría bastado y sobrado. No fuimos amigos. En realidad, no fuimos nada. Como ya he dicho anteriormente, Alejandro pasó por ese lavabo con muchas chicas diferentes, y supongo que metió las manos en las bragas de todas ellas. Me di cuenta con ese pensamiento de lo absurdamente machista que era esa sociedad en la que vivíamos. Ellos coleccionaban mujeres y se convertían en leyendas, y si nosotras coleccionábamos hombres, nos convertíamos en las putas del colegio. Sonreí internamente y le dediqué un “¡hurra!” a aquella antigua Alma que solía pasar cada sábado con quien le viniera en gana sin importarle lo más mínimo lo que la gente opinase de ella. Se necesitaban más Almas en este mundo, sí.

—Alicia González... Veo que su horario de comida es más extenso que el mío.

Tragué saliva y solté una risita nerviosa.

Supuse que debía de estar bromeando con tanto formalismo.

—Me había olvidado por completo...

—Eso la deja a usted en mejor lugar —me cortó, sin dejarme terminar la explicación—. Olvidarse de una cita con su jefe... le puede ocurrir a cualquiera —concluyó con tono irónico, levantando la mirada hacia mí.

“¡Oh, no!”, exclamé en mi mente.

Aquello no tenía ninguna pinta de ser un reencuentro amistoso ni mucho menos.

—Lo siento —respondí con el semblante serio.

“¡Genial, Alicia, genial!”.

Alejandro sacudió la cabeza en señal de negación y comenzó a garabatear algo en un papel. Lo deslizó por la mesa hasta dejarlo frente a mí.

—Necesito que bajes a la última planta y que busques estos documentos para mí —explicó con tono serio.

Recordé lo que Lucía me había dicho sobre “la cueva” del sótano y un escalofrío me recorrió de pies a cabeza con el simple hecho de pensar que tendría que pasarme lo que me restaba de tarde allí metida y, además, sola.

Cogí el papelito con desgana y asentí.

—¿Puedo marcharme ya?

Alejandro lo meditó unos instantes.

Evidentemente, no me había reconocido en absoluto.

—Sí, márchese y súbame los documentos en la mayor brevedad posible.

Y como cabía esperar, no se molestó en dedicarme ni un pequeño “gracias”, mucho menos un “hasta luego”.

Cuando me dirigía al ascensor, me crucé con la despampanante recepcionista.

Sentí una punzada de envidia malsana al verla caminar de aquella manera sensual, contoneándose sobre esos tacones de infarto con aquella ropa tan elegante y apretada. Era morbosa incluso para mí.

¡Qué rabia!

6

La habitación del pánico

Si pensaba que el cuartucho en el que Lucía y yo trabajábamos era un horror, estaba equivocada. Aquello sí que era el mismísimo infierno. Había filas y más filas de estanterías en las que las cajas de documentos se iban almacenando sin ton ni son. Un desfile de archivos que se habían colocado sin ningún sentido en una tétrica, húmeda y sombría habitación.

No había ventanas y el lugar también estaba iluminado por unos focos led, pero en menor cantidad. La luminosidad de aquel sitio era mucho peor que en “la cueva”. Además, olía a moho y a putrefacción. Decidí no perder más el tiempo y me puse a sacar las cajas de una en una. Gracias a Dios, los archivos estaban marcados con nombre y fecha, lo que me facilitó la tarea un poquito. Una hora después, estaba repleta de polvo de pies a cabeza, me costaba respirar y tenía las uñas repletas de roña y porquería.

Cuando llegó mi hora de salida aún continuaba sin haber encontrado el maldito archivo y todavía me faltaban más de la mitad de las cajas por revisar. Pensé que, al menos, había quedado bastante tarde con Alma. Me daría tiempo a pasar por mi casa y a darme una ducha rápida antes de encontrarnos en el *Black*.

Una hora después, en mitad de un terrible ataque de tos, terminé dando con la maldita caja de documentos. Abandoné la habitación dejándola hecha un caos porque estaba convencida de que si pasaba un solo minuto más allí metida terminaría sufriendo asfixia y perdiendo el conocimiento. Una muerte terriblemente horrible para una chica tan joven y simpática como yo.

Crucé la planta hasta el ascensor y lo llamé. Tardó varios minutos en bajar hasta el sótano y aproveché ese tiempo para sacudirme el polvo de la blusa y recolocarme el recogido en su sitio. Intenté relajarme y pensar que, a pesar del mal día que llevaba encima, lo culminaría con un buen *gintonic* en uno de mis pub favoritos y en compañía de Alma. Eso serviría para eliminar cualquier rastro de aquel desastroso y horrible martes.

Las puertas del ascensor se abrieron en mi planta y un silencioso y solitario hall me dio la bienvenida. Se me hizo extraño ver el mostrador de la entrada sin su despampanante rubia tras él. Supuse que llegaba tarde y que, para esas horas, no quedaría nadie en la oficina. Daba igual. Dejaría la caja con los documentos sobre la mesa de Alejandro para que se los encontrara nada más llegar al día siguiente. Me quedaban tres días en aquella maldita empresa —aquel podía darlo por finiquitado —y estaba decidida a demostrarles que Alicia González servía para todo y más.

Caminé por la moqueta gris mientras pensaba en aquello que me dijo Lucía sobre que “lo bonito lo dejaban fuera y lo feo lo escondían”. Sonreí al pensar que detrás de tanto lujo y tanta rubia de infarto estábamos escondidos los demás: los patitos feos. Lo que exponían al exterior era poco más que una falsa fachada con la que aparentar algo que no eran. Sin los ratoncitos del sótano aquellos guaperas de tres al cuarto no llegarían a nada; esa era la realidad.

Abrí el despacho de Alejandro sin detenerme a llamar a la puerta porque, dadas las horas, suponía que allí no quedaría ni rastro de su existencia. Pero me equivoqué. Sus enormes y seductores ojos verdosos se clavaron en mí y no pude evitar que un repentino rubor ascendiera hasta mis mejillas.

—Creí que no quedaba nadie...

—No importa—interrumpió—. Pase.

Cargada con la aparatosa caja, me adentré en el despacho y la deposité sobre la silla que había frente al escritorio. Estaba sucia y repleta de polvo y si la hubiera dejado sobre la mesa habría puesto todo perdido.

—¿Desea algo más, señor Montero?

Me sentí absurda dirigiéndome a él de aquella manera, pero a fin de cuentas era lo correcto. Ya no éramos dos adolescentes, sino dos adultos. Y por poco que me gustase, él era mi jefe y yo la empleada que estaba de paso y que estaba encerrada entre documentos podridos y malolientes.

Él soltó el bolígrafo que tenía en su mano izquierda y me escrutó con detenimiento. Por primera vez, tuve la sensación de que Alejandro se paraba a mirarme. A mirarme de verdad.

—Es un poco tarde... —musitó revisando su imponente reloj de muñeca.

No pude evitar fijarme en que la esfera era mucho más ancha que, incluso, su muñeca.

—No encontraba los documentos que me había solicitado. Lo siento.

Él dudó.

—No importa... Gracias por quedarte.

Asentí y me di la vuelta dispuesta a abandonar aquel lugar.

¡Por fin mi maldito día laboral había llegado a su fin! Había sido terriblemente desastroso...

—Alicia —me llamó—. Puedo llamarla Alicia, ¿verdad?

Su pregunta me pilló desprevenida.

“Así me llamó, imbécil”, pensé para mis adentros. La imagen del Alejandro que yo conocí regresó a mi mente y, una vez más, tuve esa percepción de que continuaba siendo el mismo chiquillo egocéntrico y egoísta que se creía con el mundo a sus pies. La diferencia radicaba en que, en aquellos instantes y por desgracia para mí, ahora sí que tenía el mundo a sus pies.

—Puede llamarme como guste, señor Montero.

Intentaba ser lo más correcta posible, pero la verdad es que Alma había dejado huella en mi vocabulario y me había transformado en una malhablada sin remedio. Aún así, intenté desempolvar los buenos modales que mis padres me habían incúlcalo y hacer uso de ellos.

—Tutéame entonces —me dijo, señalándome la silla contigua a la caja —, siéntate, por favor.

Obedecí.

No recordaba a Alejandro haciendo uso del término “por favor”, así que sorprendida, tomé asiento y le miré con curiosidad. ¿Qué quería ahora? Revisé mi reloj de muñeca. Aún tenía tiempo para entretenerme un rato más, aunque tampoco demasiado.

—¿Tiene prisa? —preguntó, levantándose de su asiento.

Sacudí la cabeza en señal de negación avergonzada por mi gesto.

—No, no. Para nada.

Alejandro asintió.

Me volví a fijar en él. ¡Dios! Los años le habían transformado en un potente ricachón con traje y ojos seductores. A diferencia de mí, que me habían ido regalando kilos de más y centímetros de sobra en las caderas.

—¿Quiere tomar algo? ¿Café?

—No, gracias.

—Algo más fuerte... ¿Quizás? —dijo, señalando un decantador de licores.

Negué con la cabeza.

Lo último que me apetecía en aquellos instantes era emborracharme con mi jefe y dejar que mi dicharachera lengua se descontrolase a sus anchas. No,

no. Mejor mantenerme serena y calladita, que estaba mucho más guapa y simpática. Alejandro se sirvió un licor amarillento en un vaso y volvió a tomar asiento frente a mí.

—No le importa, ¿verdad?

Volví a sacudir la cabeza en señal de negación mientras la curiosidad por saber qué era lo que quería de mí en aquella ocasión me carcomía internamente. Alejandro le dio un largo sorbo al licor y continuó observándome de aquella extraña manera; como si estuviera viendo algo que no terminaba de comprender.

—Alicia... ¿Nos conocemos de algo, verdad? —preguntó, dejando que en aquel rostro serio de jefazo se filtrase una pequeña y traviesa sonrisilla.

Le devolví el gesto y asentí.

—Del instituto —señalé—. Bachiller... Pasó dos trimestres en mi clase...

—¡Lo sabía! —exclamó, propinándole un pequeño golpe a la mesa—. ¡De algo me sonabas!

Me reí de forma absurda y fui consciente de que, en unos pocos segundos, la imagen del Alejandro grotesco que se había instalado en mi cabeza estaba desapareciendo por completo.

Otra vez tuve esa maldita sensación de que aquellos ojos verdes eran capaces de derretirme. Madre mía... ¡qué bueno estaba el cabrón de él! Si Alma lo viera le soltaría cuatro guarrerías de las suyas, seguro. Pensé en Dani y en el polvo salvaje que echamos en la parte trasera del restaurante y, de pronto, me imaginé haciendo lo mismo con el sexy de mi jefe. Allí mismo, en mitad del despacho cuando no quedaba nadie en la planta pero con la tensión de que alguien podría regresar a por una chaqueta olvidada y pillarnos en plena faena. La sola idea era demasiado excitante y tentadora, pero nada propia de la antigua Alicia. Supuse que eso era lo de menos porque ahora tenía nuevos objetivos y, claro, una nueva norma: ni una cita más. No pensaba seguir perdiendo el tiempo buscando al hombre perfecto cuando podía disfrutar del sexo perfecto y perder el tiempo conmigo misma. Tenía que tener bien claro ese punto: mi prioridad era cuidarme a mí, quererme a mí, disfrutar de mí y no esperar que nadie pudiera venir a hacer ninguna de esas cosas.

Pensé que Alejandro Montero era una forma perfecta de realzarme en mi nueva imagen como chica soltera y liberal que tan solamente buscaba pasar un buen rato y nada más. El único problema es que yo no era tan descarada como Alma y no me veía capaz de insinuarme a nadie sin que antes esa persona me

diera motivos para pensar que buscaba lo mismo que yo. Pero Dios... La sola idea de repetir aquellos besos del lavabo en ese despacho hacía que me humedeciera al instante.

—Tengo que preguntarle una cosa... Y siento si le parece una grosería, pero...

—Dispare —le corté con curiosidad.

Fui consciente de que el ambiente entre nosotros había cambiado. La tensión de empleada-jefe había desaparecido y en el aire flotaba una atmosfera mucho más relajada y cercana.

—No se asuste si estoy equivocado y espero que no piense mal de mí — continuó sin borrar aquella sonrisa taaaaaan cachonda. Perdón, quería decir, alegre—, pero..., nosotros... —tartamudeó en busca de las palabras correctas para expresarse—, tuvimos algo, ¿verdad?

—Sí —respondí, sintiéndome bien conmigo misma.

En fin, aunque quedase poco de aquella delgada Alicia que se subía la falda todo lo posible para enseñar un poco de cachete, me consoló saber que todavía se me podía reconocer.

Alejandro, avergonzado, se llevó una mano al rostro para taparse parcialmente.

—Creo que ahora debería de esconderme debajo de la mesa —se rió.

“O empotrarme sobre ella”, pensé con la mente sucia.

Al final, después de todo, sí que me iba a parecer a Alma más de lo que pensaba en un principio. Aunque claro, una cosa era imaginarse a aquel hombretón sobre mí, y otra muy diferente era expresar todos esos pensamientos en voz alta tal y como solía hacer mi amiga.

—Creo que la que debería avergonzarse soy yo... al fin y al cabo, soy la empleada.

Alejandro negó con la cabeza y volvió a levantarse de la silla.

Se acercó hasta la mesilla donde estaba el decantador de licores y sirvió otro vaso que después me entregó a pesar de mi anterior negativa.

—¿Un brindis? —inquirió—. ¿Por los viejos tiempos?

—Por los viejos tiempos —coreé antes de que nuestros vasos se chocasen en el aire.

Le di un trago. Un sabor áspero y fuerte ardió a través de mi garganta. Seguramente fuera whisky o algo similar.

—Macallan... Es el mismo whisky que bebe el presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca.

No supe si estaba bromeando o hablando en serio.

—Entonces supongo que tendré que sentirme importante.

Él sonrió.

—¿Llevas mucho tiempo en mi empresa?

“Mi empresa”, repetí mentalmente.

Era más que evidente que quería recalcar el poder que tenía en aquel lugar, aunque el comentario tampoco me incomodó.

—Solo llevo dos días. Me han contratado una semana para ayudar con los archivos de la cueva.

—¿La cueva? —repitió Alejandro con el ceño fruncido.

“Estúpida”.

—Así le llamamos a la habitación de archivos, lo siento —señalé, dibujando una breve sonrisa reconciliadora.

Alejandro se rió pero no comentó nada al respecto.

Me imaginé, mientras le miraba, cómo debía de haber sido su vida desde pequeño. Reuniones importantes, codearse con famosos, viajar por todo el mundo junto a su padre, lujos, coches caros y todos los caprichos que hubiera deseado. Vamos, la vida soñada e ideal. Comprendí al instante por qué las recepcionistas y secretarias de la empresa parecían más modelos que otra cosa. Me reí internamente al pensar que, casi con total probabilidad, Alejandro se había acostado —o se seguía acostando —con todas ellas. No eran más que floreros para adornar y utilizar con el objetivo de desfogarse.

Sentí el móvil vibrándome en el bolsillo y supuse que sería Alma. No sabía la hora que era, pero estaba convencida de que a esas alturas ya debía de llegar tarde a nuestro encuentro.

—Bueno, no te quiero entretener más... —me dijo, levantándose de la silla para despedirse de mí.

Yo le imité mientras me preguntaba cuándo diablos habíamos pasado a tutearnos y a tratarnos de aquella manera tan cercana. Ni siquiera me había dado cuenta.

—No pasa nada —le respondí.

Alejandro imponía.

Cuando se plantó frente a mí con aquel metro noventa de alto, sentí que las piernas me fallaban y que terminaría desplomándome sobre el suelo. Intenté eliminar cualquier pensamiento morboso de mi mente y repetirme dos cosas: uno, que Alejandro Montero podía tener a la mujer que le apeteciese. Dos, que liarse con un superior no solía terminar en buen puerto. Y tres, ¡que tenía que

dejar de pensar en los hombres!

No sé muy bien cómo ocurrió lo que ocurrió, simplemente pestañeeé y su boca se encontró demasiado cerca de mí. No sé si fui yo la que, de forma inconsciente se acercó a él demasiado, o al revés. “¡No le beses, Alicia!”, me decía mi pepito grillo, “no vuelvas a caer en la misma tontería”. Pero un revolcón rápido no era una cita, ¿verdad? Y ya había descubierto con Dani “el bomberazo” lo placentero que podía convertirse un mete-saca rapidito y sin compromisos. Me mordí el labio y me acerqué aún más a él pero, justo en ese instante, Alejandro se apartó de mí.

—Buenas noches, Alicia —se despidió.

Intenté ahogar el suspiro de decepción, pero creo que no obtuve mucho éxito y que resultó demasiado sonoro.

—Buenas noches —respondí antes de salir del habitáculo.

Sentí los ojos de Alejandro clavados en mi espalda y me sentí tentada de girarme y sonreírle. Alma lo habría hecho, seguro. Pero una vez más, me recordé a mí misma que yo no era igual que mi amiga... De lo contrario otro gallo hubiera cantado hacía unos segundos atrás.

Así que hablando de la reina de Roma, llamé al ascensor y me apresuré a buscar mi teléfono para devolverle la llamada antes de que perdiera los nervios. Comprobé que eran las diez y media pasadas; como norma habitual mi amiga no estaba acostumbrada a que yo llegase tarde —ese asunto se lo dejaba a ella en exclusiva—, así que conociéndola seguro que se encontraba a punto de comenzar a llamar a los hospitales y a denunciar mi desaparición.

—¡Alicia!

Me di la vuelta, sorprendida.

—¿Si?

De forma inconsciente, repasé que tuviera encima todas mis pertenencias por si me había olvidado algo en su despacho.

—Me preguntaba si te apetecía quedarte a cenar conmigo... —murmuró —, se ha hecho bastante tarde y me gustaría compensártelo.

Necesité procesar aquella pregunta indirecta varias veces.

¿De verdad Alejandro Montero quería salir a cenar conmigo? ¿Con una empleada maloliente y cubierta de polvo a la que había mandado a rebuscar archivos entre cajas y mojo? Aquello sí que era una sorpresa.

—La verdad es que... —musité dubitativa—, me está esperando una amiga. Lo siento.

Una cena: una cita.

Alejandro no perdía nada pero si yo terminaba loca y perdidamente enamorada de él terminaría tan desquiciada como Alma lo estaba con Héctor. No, gracias. Prefería no arriesgarme innecesariamente.

—¡Oh, vaya...! —exclamó, sorprendido con mi reacción—, pues que lo pases bien con tu amiga.

El ascensor se abrió frente a mí y yo pasé al interior. Levanté la mano a modo de despedida pero Alejandro, sin devolverme el gesto, se giró y se encaminó de vuelta a su despacho. Tuve la sensación de que aquella última frase la había pronunciado con cierto desdén. “Pues que lo pases bien con tu amiga”, repetí en mi cabeza.

Saqué el móvil y llamé a Alma aún con aquel runrún devorándome los sesos. Sí, ¡claro que lo había dicho con desdén! Estaba convencida de que Alejandro no estaba acostumbrado a recibir un “no” por respuesta, mucho menos aún proviniendo de una mujer de “bajo *standing*” como lo era yo.

—¿Pues sabes qué, guapito? Conmigo lo llevas claro... —dije en voz alta con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—¿Alicia? ¿Dónde diablos te has metido?

Alma parecía desquiciada.

—Dame diez minutos, que ya llego.

La cruda realidad

Para cuando llegué al *Black and White* Alma ya estaba borrachilla. Llevaba un par de *gintonic*s de ventaja y su estado anímico contribuía a que los efectos del alcohol se potenciases. Estaba deseando contarle la mierda de día que había tenido y, sobre todo, la última proposición que me acababa de hacer mi jefe. La verdad es que incluso a mí me costaba creer que aquella última conversación hubiera sido real y no fruto de mi descabellada imaginación.

—¿Estás bien? —le pregunté, extrañada.

No parecía la misma de siempre.

Ella asintió rotundamente pero, unos segundos después, le pegó un gran trago al *gintonic* y negó con la cabeza antes de dibujar un puchero de niña pequeña.

La estreché entre mis brazos de forma cariñosa.

—A ver... ¿Qué te ocurre?

Alma solía ser el “pasotismo” hecho persona, así que pocas veces la había visto de aquel modo.

—¿Es por Héctor? —me aventuré.

Ella dudó pero, al final, terminó desahogándose.

—Lleva dos días pasando de mí y..., bueno, hoy ha rematado la faena — me explicó justo antes de terminarse el *gintonic* con otro largo trago.

—¿Qué te ha hecho?

—¿A mí? Nada... Solamente me ha colgado cuatro veces y, la quinta vez, me ha contestado para decirme que deje de agobiarle que está cenando con su mujer.

“Te lo dije”, pensé. Pero en lugar de reprocharle nada, fruncí el ceño y le apreté la mano de forma cariñosa.

—Supongo que lo mejor que puedes hacer es pasar de él.

Ella no respondió.

Sabía que tenía razón y que olvidarse de Héctor era lo que más le convenía, pero estaba tan enamorada que no podía hacerlo. Su profesor de karate se había transformado en su marca de heroína y los deseos por volver a probarle

eran demasiado intensos como para ser ignorados.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? —le dije, intentando animarla—, vamos a tomar unas copas, a cenar una hamburguesa con patatas fritas, comernos un par de donuts y a olvidarnos de los tíos cabrones que hay en este mundo.

Pero mientras lo decía, no pude evitar mirar el reloj de reojo. Alma no entraba a trabajar hasta las diez de la mañana, pero yo tenía que estar a las ocho en mi puesto de trabajo. Lo que implicaba que mis horas de sueño fueran más escasas que las de ella.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo, Alicia? —me preguntó con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

Pestañee varias veces, observando a mi amiga con incredulidad. No tenía ni idea de qué podía haber dicho para ofenderla.

—¿Qué...?

—¿Ese es tu super plan para olvidarnos de los tíos cabrones? ¿Cenar una hamburguesa con patatas fritas? ¡Pues menuda puta mierda de plan, Ali! —exclamó, levantando el tono un poquito más de la cuenta y provocando que varias miradas curiosas se clavasen sobre nosotras—. ¿De qué me sirve comerme una hamburguesa? No voy a sentirme peor, si no todo lo contrario. Al día siguiente me veré más gorda, me sentiré peor conmigo misma y encima, el cabrón de Héctor seguirá sin cogerme el maldito teléfono.

Tuve la sensación de que mi amiga Alma estaba a punto de echarse a llorar y, para ser sincera conmigo misma, sentí auténtico pánico. Pocas veces había visto a Alma de aquella manera: hundida, insegura consigo misma y derrotada. No supe qué responder para hacerla sentir mejor, así que opté por quedarme callada y apoyarla en silencio. Sabía que utilizaría todo lo que dijera en mi contra porque necesitaba descargar su mal humor contra alguien. Ese alguien era yo, claro. A fin de cuentas, ¿quién más la iba a apoyar en lo bueno y en lo malo? Para eso estaban las amigas de verdad.

—El otro día me dijo que pensaba que su mujer se estaba viendo con alguien —me confesó con la voz cargada por la congoja—, y lo peor de todo es que lo dijo con preocupación...

—¿Pero no me habías dicho que hacía tiempo que no se hablaban? ¿Qué aquel matrimonio era una farsa que seguían manteniendo por apariencia y que tarde o temprano terminaría explotándoles en la cara?

Alma se encogió de hombros.

La miré muy fijamente y comprobé que tenía los ojos empañados. Me sentí inútil, porque sabía muy bien que nada de lo que yo le dijera la haría sentir

mejor. Necesitaba comprender que todo lo que Héctor le había contado sobre su matrimonio era una mentira y que lo único que estaba haciendo era jugar con ella y con sus sentimientos. Tenía que entender la verdad y tomar la decisión propia de terminar con aquella aventura.

—Eso me había contado él... —murmuró con un hilillo de voz—, pero la verdad es que no sé qué pensar. Ya no entiendo nada.

Resoplé y apoyé mis codos sobre la mesa de forma derrotada.

—Si te sirve de consuelo, yo he decidido rendirme.

Ella, extrañada, me miró de arriba abajo.

—¿Ya no estás buscando a tu príncipe azul?

Sacudí la cabeza en señal de negación.

—¿No seguirás probando suerte hasta dar con él?

Repetí el gesto con una sonrisa en la boca.

—Se acabaron las citas. Se acabó la antigua Alicia —le dije, intentando crearme mis propias palabras y recalcando la seguridad de mi tono de voz. Esperaba que aquella nueva filosofía de vida no quedase con rapidez en el olvido—. Ni una cita más —aseguré—. He decidido que voy a centrarme en mí, en mi carrera profesional y en encontrar un pisito para mí.

—¿Y tu sueño de ser madre?

—El ochenta por ciento de los matrimonios terminan en divorcio —no sabía si era cierto o no, pero lo había escuchado aquella mañana por la radio—, así que he decidido que seré mamá soltera en cuanto organice mi vida. Paso de tentar la suerte y terminar con una custodia compartida. Será mi bebé y de nadie más... ¿Para qué se necesitan los hombres si hoy en día todo es posible?

Alma pestañeó, incrédula.

Su frase predilecta hacia mí siempre había sido: “¿para qué necesitas a un hombre si contigo te sobras y te bastas, Alicia?” Pues bien, después de tantos años, parecía que al final me la había metido en la mollera.

—¡Oh, Dios Santo! —exclamó Alma, mirándome de arriba abajo.

—¿Qué?

—¿Pero qué está pasando, Ali? —preguntó, una vez más, alzando el tono de voz más de la cuenta. Para esas alturas de la conversación ya teníamos bastantes personas poniendo oreja—. ¡Nos hemos cambiado los papeles! ¡Qué horror!

Yo salté en carcajadas y ambas nos reímos un buen rato.

Tuve la sensación de que dos *gintonics* más tarde Alma se encontraba mucho

mejor. Al menos, parecía haber dejado de pensar en Héctor. Un par de horas más tarde, cuando ya le había puesto al día sobre todos los detalles guarros de mi encuentro con el bomberazo, nos levantamos de la mesa y nos dirigimos a la hamburguesería de la esquina. Estaba a punto de cerrar, pero el hombre nos reconoció de otras veces y tuvo el detalle de prepararnos dos hamburguesas con patatas fritas para llevar. Las comimos sentadas sobre un bordillo, sintiéndonos nuevamente como dos adolescentes que estiraban cada segundo de su día para no regresar a la casa de sus padres. Nos despedimos sin dejar ni una sola patata en el plato y cada una se aventuró hacia su casa.

Alma se marchó un poco más alegre, pero sintiéndose como una basura. Nada más quedarse a solas, miró el teléfono varias veces con la esperanza de que su amante le hubiese dejado un mensaje disculpándose por sus malos modales, pero lo único que encontró fue un mensaje de publicidad que le había enviado su compañía telefónica. No había rastro de Héctor. Además, tal y como había predicho, se sintió asquerosamente mal por haber pecado con aquella maldita y grasienta hamburguesa repleta de patatas con kétchup. Los años comenzaban a pasar y se había dado cuenta de que su cuerpo ya no era, en absoluto, lo que había sido antaño. La grasa comenzaba a acumularse en sus caderas. Lo había descubierto tras intentar meterse aquellos vaqueros tan ajustados que se ponía antes de conocer a Héctor cuando quedaba con algún tío bueno y pretendía echar un polvo en la primera cita. Sus provocativos vaqueros ya no cerraban y, además, le hacían parecer una morcilla embutida.

Cuando llegó a su casa intentó llamarle de nuevo, y al ver que Héctor continuaba sin responder, se echó a llorar. Según ella me contó, al final se durmió con rapidez y la congoja no le duró demasiado; pero yo creo que en realidad se pasó la noche pensando en él. Supongo que es algo que nunca sabré a ciencia cierta, claro.

Un nuevo amanecer

La noche anterior me había quedado dormida pensando en todas esas cosas que la nueva Alicia se planteaba. Me gustaba la idea de criar a un bebé yo sola, de sentirme una mamá independiente y segura, soltera y decidida. Eran ideales que me apetecía introducir en mi vida cotidiana y en mi personalidad.

Lo que había empezado con una frase tonta (¿para qué necesito a un hombre si yo sola me basto y me sobro?) empezaba a convertirse en un objetivo. ¿Y si lo intentaba? ¿Y si lo hacía? ¿Qué iba a pensar mi familia? ¿Y mis amigos? ¿Cómo iban a tomarse la noticia de que había decidido ser madre por mi propia cuenta? ¿Y qué le diría a mi futuro hijo cuando preguntase por su padre?

Bueno, desde luego, era una idea a largo plazo. Antes de pensar seriamente en acudir al médico para informe sobre la fecundación in vitro, debía poner en orden otros asuntos. Mi lista de objetivos había sido modificada.

- Encontrar un trabajo fijo con un buen sueldo.
- Comprarme mi propio piso y olvidarme de los malditos alquileres.
- Aprender a cocinar.
- Tener mi propia familia.

(– Disfrutar del sexo y de los hombres cuando me viniera en gana...)

Sí, desde luego una cosa tenía por segura: con aquella nueva perspectiva de la vida lloraría menos, me llevaría menos disgustos y, ¿por qué no decirlo? ¡Disfrutaría más!

Me levanté temprano y me vestí. Tal y como me había pasado el día anterior, me sentí de buen humor y me entretuve un buen rato contemplando mi imagen frente al espejo. Rebusqué en el armario y, finalmente, opté por una falda de lápiz que tenía sin estrenar —nunca encontraba el momento idóneo para hacerlo —y una blusa rosada que me hacía más coqueta de lo que solía aparentar ser. Aquel día, incluso, me pinté los labios a juego con la blusa.

Todo fue muy bien hasta que llegué al metro y me propuse comprar el ticket de ida y vuelta —como cada mañana—. En ese momento recordé que el efectivo de mi cartera no era demasiado frondoso y que, además, la noche anterior me había olvidado de pedirle dinero prestado a mi amiga. De tal modo que continuaba sin dinero y con cuenta bancaria en números rojos, generándome más intereses un día detrás de otro.

“Muy bien, Alicia”, me reproché a mí misma.

De camino al trabajo no pude evitar darle vueltas al asunto de los recibos que la compañía de luz y de gas me había pasado por la cuenta. La antigua Alicia los habría pagado el mes siguiente y habría optado por evitar una discusión innecesaria que, con casi total probabilidad, no llegaría a ningún puerto. Pero la nueva Alicia, esa chica independiente y segura de sí misma en la que intentaba convertirme, estaba decidida a no dejarse mangonear por nadie. Me dije a mí misma que en cuanto tuviera un minuto libre —en el descanso de la comida, por ejemplo—, llamaría al sinvergüenza de mi antiguo casero para preguntarle a qué venía todo aquello.

Llegué al trabajo puntual, pero me sentí fatal al comprobar que, una mañana más, Lucía se había acordado de traerme un café. Me sentía una terrible compañera a pesar de que la chica jamás pareciera enfadarse por mis tardanzas o extravíos. La verdad es que era de lo más agradable y una verdadera “currela”, ya que aún no la había visto despegarse de la pantalla.

Aquella mañana decidí trabajar duro, concentrada y sin distracciones. A pesar de que el polvo me estuviera agobiando demasiado, no levanté la cabeza del teclado ni una sola vez. Ni siquiera paré para ir al baño —y eso que me llevaba meando varias horas —y me esforcé por estar a la altura de Lucía. Todo parecía indicar que aquel día sería “un día más”. Normalito y sin ninguna novedad. Y he dicho “parecía” porque, cuando faltaban unos minutos para la hora de comer, la rubia despampanante de la recepción irrumpió en nuestra cueva para reclamar mi presencia. Me resultó de lo más gracioso que asomase la cabeza, llamándome, antes de apresurarse a volver a cerrar la puerta con rapidez. Como si nuestro habitáculo de trabajo estuviera irradiado y corriera el riesgo de contagiarse al quedar expuesta al polvo y al moho. Sí, entrar en la cueva hubiera sido una verdadera osadía por su parte.

Anduve hasta la puerta confusa, sin poder llegar a imaginar qué quería aquella *barbie* de mí. Antes de salir, recé internamente porque, fuera lo que fuese, no me pidiera que volviese a bajar al sótano a buscar más archivos. Aquello sí que era un cruel castigo hacia mi persona.

No pasé por alto cómo la recepción me repasó de arriba abajo con el ceño fruncido. Supuse que aquel día, un poquito más arreglada, podía hacerle la competencia. Sí, ya sé, yo no era una modelo de Victoria Secret ni nada parecido... Pero arregladita podía pasar como una chica “mona”.

—El señor Montero quiere verla en su despacho —me explicó con retintín, como si de pronto mi presencia no le agradase lo más mínimo.

—Gracias —respondí por educación, que no por ganas.

Me encaminé hacia el despacho con el corazón en un puño, convencida de que Alejandro me diría que me había confundido de archivos o algo similar. “Que no sea volver al sótano, que no sea volver a sótano...”, me repetía una y otra vez mientras golpeaba con los nudillos la puerta de roble.

—¡Pasa! —exclamó desde el interior.

Para mi sorpresa, Alejandro me recibió con una sonrisa de oreja a oreja; como aquel que se encuentra con un viejo amigo después de muchos años. Yo le devolví una tímida sonrisa antes de preguntarle qué podía hacer por él.

—Pues verás, Alicia —me dijo con confianza mientras me indica con un gesto que tomase asiento frente a él—, te sonará un tanto egocéntrico, pero la verdad es que no estoy acostumbrado a que las mujeres me rechacen —bromeó.

“Sí, me lo había intuido”.

Me fijé en sus ojos verdes y sensuales. A pesar de la distancia pude percibir el aroma varonil de su perfume. Me gustaba, era agradable. Alejandro tenía la camisa arremangada por debajo de los codos, de manera que dejaba al descubierto sus musculados y tensos antebrazos. Todo él parecía fibra y músculo... Y, ¡joder! ¡Qué bueno estaba! Cada vez que me quedaba mirándole detenidamente recordaba por qué razón me había vuelto loca en aquellos años de instituto.

—He pensado que como anoche no pude compensarte por las horas de más que te quedaste, hoy podría invitarte a comer —señaló con una sonrisa que dejaba entrever su blanca dentadura.

¡Parecía un modelo de anuncio en carne y hueso!

—¿A comer? —repetí con nerviosismo.

¿Era normal que tu jefe insistiera tanto en invitarte a cenar/comer? No quería pensar mal, pero... No, no. Era imposible que un chico como Alejandro, rico —millonario, más bien—, con chicas guapas, sexys y con piernas largas y esbeltas a su alrededor hubiera puesto su mira en alguien como yo. A no ser que, tal y como había intuido la noche anterior, mi rechazo a

la cena hubiese herido su corazoncito. O mejor dicho, su orgullo de machote.

—Sí, a comer.

“No te vendría mal...”, me dijo mi querida y manipuladora voz de la conciencia. No tenía un duro en la cartera y aquel día pretendía ayunar o sobrevivir a base de un asqueroso sándwich de máquina. Podía aprovecharme de la invitación pero algo en lo más profundo de mí me decía que no fuera tonta. Codearse con el jefazo de la empresa no solía terminar en buen puerto.

—La verdad es que tenemos mucho trabajo y no pensaba disfrutar de mi tiempo libre del descanso —mentí—. Mi compañera tiene mucha faena y yo...

—No voy a permitirlo —me cortó—. ¿No pretenderás que permita que vayas diciendo que nuestra empresa te está explotando, verdad?

Sacudí la cabeza, avergonzada.

—¡No, no! ¡Para nada! —me apresuré a aclarar—. Solamente quería decir que...

—Esta vez no aceptaré una negativa, Alicia —me cortó de nuevo con esa sexy y espectacular sonrisa suya.

Y en efecto, ahí estaba el Alejandro Montero de mi adolescencia. Aquel que siempre conseguía lo que quería; mimado y caprichoso. Se había transformado, en definitiva, en esa clase de hombre que parecía creerse por encima de cualquier persona.

Decidí que lo mejor era no empeorar mi situación: provocarle podría conllevar mi regreso directo a la cueva del sótano. ¿Y yo no quería eso, verdad? Para nada.

—Bueno, entonces... Pues, supongo que sí. Acepto.

Satisfecho consigo mismo, mi sexy e irresistible jefe se levantó de la mesa y cogió su americana de la silla.

—¿Pues a qué estamos esperando? —preguntó, acercándose a mí para rodear con su brazo mi cintura.

El repentino y cercano contacto me sobresaltó.

No pude evitar recordar lo cerca que estuvieron sus labios de los míos la noche anterior y, una parte de mí, volvió a reproducir gracias a mi desbocada imaginación una serie de imágenes morbosas y ficticias en las que Alejandro y yo terminábamos sudando, desnudos y gimiendo en mitad de su despacho.

Recorrimos de esa manera todo el pasillo hasta llegar al ascensor. Estuve convencida de que a la barbie de la recepcionista se le debió de desencajar la mandíbula al ver dónde tenía colocada la mano su sexy y guapo jefe: en mi cintura. ¡Tenía la mano en mi cintura, joder!

En el ascensor me soltó —lo que supuso una decepción para la Alicia morbosa y cachonda—, pero para mi sorpresa, Alejandro no pulsó el botón de la primera planta, si no que se dirigió al garaje del edificio. Había estado segura de que comeríamos en el restaurante de la cafetería, aunque al parecer estaba equivocada.

Nos subimos en su elegante coche. Como buen caballero, Alejandro me abrió la puerta para que tomase asiento en el lugar del copiloto. Muy galán por su parte, sí. Condujo distraído y sin dirigirme la palabra. Mientras lo hacía yo no pude evitar desviar la mirada hacia él en varias ocasiones. Tenía que admitir que era un verdadero asco no poder ser un poquito más como Alma y menos como yo; es decir, dejar de preocuparme por el futuro y ser una auténtica descarada. Bueno, mejor dicho, como la antigua Alma. Por primera vez en lo que llevaba de día, pensé en mi amiga y me dije a mí misma que después de trabajar me pasaría a hacerle una visita sorpresa —una visita de la que no me marcharía sin unos billetes prestados, claro—.

Alejandro detuvo el coche frente al que supuse que sería el restaurante en el que íbamos a comer.

—Dame un segundo —me dijo al bajarse.

Sin comprender muy bien qué pretendía me quedé inmóvil en mi asiento observando cómo rodeaba el coche para abrirme la puerta. ¡Guau! ¡Impresionante! Supuse que los niños ricos aprendían como cortejar a una dama en sus primeros años de vida.

Nos sentamos en una mesa que tenía vistas al exterior. El lugar era agradable, tranquilo y acogedor. Parecía elegante pero, a su vez, resultaba reconfortante por sus colores cálidos y su espacio cerrado. Los camareros que nos atendieron fueron muy simpáticos, así que yo me dejé recomendar en cuanto a qué pedir. Alejandro, en cambio, parecía conocerse la carta de maravilla y se decantó por un plato de confit de pato con salsa de arándanos —o algo parecido que sonaba igual de *cool* en sus labios—. Para mi grata sorpresa, pidió una botella de agua para ambos. Quizás fuera un poco malpensado por mi parte, pero la verdad es que Alejandro no parecía el típico chico responsable y formal que se tomaba en serio su trabajo y que prefería no tomarse una copita de vino en la comida.

—Quería hacerte una pregunta, Alicia...

Yo asentí mientras devoraba la perdiz que el metre me había sacado —sí, descubrí que en los restaurantes pijos en vez de camarero se les denominaba “metres”—. Me sentí extraña en aquel lugar; sobre todo porque unos días atrás

jamás hubiera podido llegar a imaginar que me sentaría en la mesa de un sitio caro y pijo con Alejandro Montero como acompañante.

—¿Qué pregunta?

Además, estaba convencida de que la cuenta sería de infarto. Pero claro, Alejandro estaba acostumbrado a eso y no a comerse una hamburguesa de cinco pavos sentado en un bordillo en plena calle.

—He estado mirando tu currículum y he visto que terminaste la carrera de Marketing y Dirección de Empresas con matrícula de honor...

Asentí sin entender a dónde quería llegar a parar.

—Así es.

—¿Y qué haces trabajando en... “la cueva” de mi empresa? —preguntó con una sonrisa divertida.

Me sorprendí al descubrir que hablar con él resultaba muy agradable. Casi como si estuviera reconciliándome con un viejo amigo.

—La verdad es que no lo sé muy bien. Supongo que es lo mejor que me han ofrecido y..., bueno, con algo que hay pagar el alquiler, ¿no?

Él, comprensivo, asintió.

Comía de forma distraída, concentrando toda su atención en mí. No comprendía por qué razón me miraba de aquella manera pero debo de confesar que me resultaba inquietante —y sí, ¿por qué no admitirlo? También muy excitante—. Sus ojos verdes estaban clavados en mí de una forma turbadora, como si estuviera esforzándose por resolver un enigma.

—Háblame de ti, Alicia... Cuéntame algo sobre ti.

Su voz me resultaba hipnótica. Pensativa, solté el tenedor y me dispuse a responder con sinceridad. La verdad es que estaba más tranquila de lo esperado porque, a fin de cuentas, aquello era una comida informal con mi jefe —que a su vez resultaba ser un antiguo compañero de instituto—. Nada tenía que ver con aquellas citas a las que acudía muerta de nervios y en las que procuraba dar la mejor imagen que tenía de mí misma.

—La verdad es que hay poco que contar —comencé—. Estoy apuntada en la lista de una empresa de trabajo temporal y voy aceptando las cosillas que salen, ya me entiendes... Espero encontrar, tarde o temprano, un buen puesto que me permita ahorrar y comprar mi casa.

Alejandro asintió.

—Me parece muy maduro por tu parte.

¿De verdad acababa de decir eso?

Tuve que contener una risita al pensar que el chico rico y egocéntrico que no

aceptaba un no porque era un malcriado acababa de decir que mi comportamiento era “muy maduro”. ¿Cómo diablos se podía creer en posición de juzgar el comportamiento de nadie?

—Gracias —respondí sin saber muy bien qué decir.

—¿Y qué planes de futuro tienes? —inquirió.

—Mmm... ¿Planes de futuro?

No sabía muy bien a qué se refería.

Si encontrar un trabajo fijo y comprarme un piso no era un plan de futuro, entonces estaba más perdida que un pulpo en un garaje en aquella conversación.

—Ya sabes a qué me refiero —se rió—. Casarte, hijos y todo eso...

Su pregunta me pilló por sorpresa e, incrédula, pestañeé con la vista muy fija en él.

—La verdad es que estoy soltera —confesé, esforzándome por tratar el asunto con naturalidad—, y encontrar un hombre no es mi prioridad en estos momentos. Supongo que es algo que el tiempo dirá y..., bueno, en caso de que no llegue, formaré mi propia familia yo sola.

Alejandro no parecía comprender a qué me refería con aquello.

—Es decir, hoy en día una mujer puede ser madre soltera perfectamente y...

—¡Oh, claro! ¡Sí, sí! —exclamó, recuperando la sonrisa—. Por supuesto que sí...

Después de eso, Alejandro continuó interrogándome. Quería saberlo todo sobre mí y sobre mi forma de plantearme la vida. Parecía que había descubierto un nuevo insecto extraño digno de analizar y comprender. Pero no me importó en absoluto. Me sentía cómoda con él. ¿Quizás demasiado cómoda?

El tiempo pasó en un suspiro y, hora y media después, nos encaminábamos de vuelta a la empresa. Una vez más, había dejado a Lucía en la estacada —aunque aquel día, al menos, tenía una excusa decente—.

Subimos juntos hasta la última planta y caminamos muy cerca por el pasillo hasta llegar a la puerta del archivo. Alejandro se giró hacia mí para despedirse.

—Ha sido una grata sorpresa coincidir contigo, Alicia...

Asentí de forma sincera, asegurándole que yo pensaba igual.

La verdad es que Alejandro conseguía desconcertarme. A ratos parecía un hombre maduro pero, en otras ocasiones, volvía a darme la impresión de que

tenía delante a ese chico rebelde que tiempo atrás conocí.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando Alejandro colocó una mano sobre mi hombro para detenerme. Me giré hacia él. Nuevamente su mirada parecía turbada.

—Me preguntaba si podríamos coincidir en otra ocasión...

“Vale, a ver... ¿Qué diablos estaba pasando?”. No comprendía muy bien la razón pero empezaba a tener una cosa clara: Alejandro Montero tenía algún interés especial en mí. ¿Qué otra explicación podía haber?

—No lo sé... —musité con las mejillas sonrojadas.

La cara me ardía por la vergüenza.

¿Me estaba proponiendo una cita?

—Podríamos salir a cenar algún día, si te apetece.

Estaba paralizada.

La situación me parecía totalmente surrealista aunque, a pesar de mi conmoción, la nueva Alicia se mantuvo fuerte en su decisión de “ni una cita más”. Menos aún con el guapo y rico de Alejandro Montero. Si una cosa tenía clara era que una experiencia como aquella tan solamente podía terminar de dos formas: Alicia con el corazón roto y llorando de forma desconsolada o Alicia siendo utilizada como una muñeca de trapo. En ambas me sentiría mal conmigo misma, desde luego.

—Creo que no puedo... —respondí tartamudeando ligeramente.

Alejandro abrió los ojos como platos.

Evidentemente, no se esperaba una respuesta similar por mi parte.

—Ya veo...

Parecía consternado y yo no sabía qué más decir.

Estaba decidida a no perder el tiempo con relaciones tóxicas que sabía que me acabarían dañando. Y sí, detrás de todo ese cúmulo de músculo, testosterona y fibra, Alejandro era un niño. Un niño con el que no debía perder el tiempo a pesar de su buena apariencia y de sus coches caros. Un niño que ya me había bajado las bragas en una ocasión para, dos minutos después, bajárselas a mi compañera de literatura.

“Además, no pertenecéis al mismo mundo”, me recordó mi querido pepito grillo.

Le di la espalda y tiré del picaporte con la mano temblorosa, decidida a no alargar aquel incómodo instante más de lo necesario. Pero mientras abría la puerta sentí su presencia detrás de mí, en mi espalda. Su aliento rozó mi cuello y pude percibir el olor de su perfume. De su irresistible perfume... ¡Joder!

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacer, Alicia... —susurró con la voz ronca y sensual en mi oreja—. No hay que me guste más que un reto.

Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza y, sin poder evitarlo, algo me dio un vuelco en el estómago. ¡Dios! ¿Me había puesto cachonda con tan solamente escucharle? ¿De verdad?

Cuando me di la vuelta Alejandro ya se estaba alejando en dirección a su despacho.

9

Desamor

Al salir de trabajar llevé a cabo mi plan de ir a visitar a Alma. Mi pobre amiga estaba destrozada, aunque incluso en su estado intentaba negárselo a sí misma. A parte de pedirle dinero y de volver a repasar su tóxica e insana relación con su profesor de karate casado, hablamos de Alejandro. Le conté todo, absolutamente todo, y no me dejé ningún detalle en el tintero.

Para ser sincera, no conseguía sacármelo de la cabeza. El cabronazo de él se las había apañado a las mil maravillas para meterse bien en mis pensamientos y torturarme con su descarado sexapil.

—Pues vaya... ¿Y qué vas a hacer? —comentó Alma después de mi narración.

Boquiabierta, levanté la mano y la coloqué en su frente para comprobar si tenía la temperatura alta.

—¿Pero quién eres tú? —pregunté, asombrada—. Mi amiga Alma me hubiera soltado un montón de guarrerías y me habría dicho que un buen revolcón nunca estaba de más.

Ella sonrió con desgana.

Podía sentir la apatía reflejada en su rostro y eso me preocupó todavía más. Era la primera vez que veía a mi amiga sufrir de esa manera y el no saber cómo ayudarla hacía que mi impotencia aumentase exponencialmente por segundo.

—La verdad, Alicia, es que ya no sé qué decirte... —me confesó pensativa—. Sigo siendo la misma de siempre y pensando igual, pero ahora creo que cuando menos te lo esperas te puedes pillar por el subnormal de turno y terminar jodida. Ni siquiera con un polvo sin compromiso estas a salvo...

—Tienes que olvidarte de él, Alma.

Nos miramos unos segundos y después terminamos fundidas en un largo abrazo. Alma era como mi hermana y verla sufrir se me hacía insoportable.

Me marché de su casa sintiéndome una mala amiga. Ella me había apoyado y animado en todos los momentos malos de mi vida y, para una vez que estaba mal, sentía que yo no era capaz de devolverle el favor.

El paseo hasta mi casa me vino bien para refrescarme y relajarme un poco. Tenía la sensación de que aquella semana estaba siendo demasiado intensa y deseaba que los días transcurrieran más deprisa. Por una parte, quería que mi semana en esa empresa terminase cuanto antes y por otra, ardía en deseos por volver a ver a Alejandro. Se me puso la piel de gallina al recordar su última frase y su cálido aliento sobre mi cuello.

Mientras yo llegaba a casa, Alma recibía una llamada de Héctor. Por fin decidió hacer acto de presencia después de tres días de silencio total. Le dijo que estaba debajo de su casa y que quería hablar con ella. Cuando Alma me lo contó, recé porque su respuesta hubiese sido “no, Héctor. Creo que ya no tenemos nada más que hablar”, pero en efecto, le dejó pasar. Me dolía saber que aquel cabrón sin remordimientos estuviera aprovechándose de esa manera de mi amiga y que pudiera tratarla como se le antojase sin consecuencia ninguna.

Hablaron durante un rato, pero Héctor no se disculpó en ningún momento. Le dijo que no podía volver a comportarse de esa manera y que debía aprender a controlarse. Que no podía llamarle a todas horas y acosarle, más aún sabiendo que estaba con su mujer.

—Alma, ya sabías que era un hombre casado... —le recriminó.

Ella, conteniendo las lágrimas, evitó mirarle a los ojos para que el llanto no estallara.

Sí, lo sabía. Pero Héctor siempre le había dado a entender que su matrimonio era un fracaso total y que no tenía ningún futuro con su esposa. Quizás por esa razón, en un principio, se convenció de que no estaba haciendo nada malo acostándose con el marido de otra mujer. Quizás, por esa razón, se permitió ir abriendo su corazoncito hasta dejarle entrar en él.

—Tienes que dejar de comportarte de esa manera y conformarte con lo que tienes... Es o eso, o nada.

Me hubiera gustado saber que Alma, en ese instante, le mandaba a paseo y le decía que no volvería a verla en la vida. Pero no fue así. Al final se derrumbó y Héctor la consoló con suaves y sensuales besos en las mejillas. Le mordió el labio y le tocó los pechos haciéndola recordar que todo ese dolor podía desaparecer con una noche de sexo salvaje —a pesar de que a la siguiente mañana el dolor fuera a regresar con más fuerza—. La desnudó

mientras ella aún lloraba, pero la última lágrima no tardó en extinguirse. Aquella noche hicieron el amor desenfrenadamente en el sofá pero, cuando llegó la hora de la verdad, Alma durmió sola en su cama, exactamente igual que yo.

10

La proposición

Aquel jueves de primavera me desperté con un mensaje de Dani en el teléfono. Nuestras antiguas conversaciones habían quedado en el olvido, así que aquella era la primera noticia que recibía de él desde nuestra (¿apasionada?) cita en el restaurante japonés. Me proponía volver a vernos y, sintiéndome poderosa, le respondí un breve “ya te avisaré cuando tenga un hueco libre”.

Pensé que conservar a Dani en el cajón de los “posibles” me vendría bien para un desahogo rápido en el futuro. Además, sus escasos dos dedos de frente hacían imposible que terminase colándome por él.

Una mañana más, desenterré del armario aquellas prendas a las que no solía dar uso habitualmente: pantalón gris de pata de gallo y blusa negra que dejaba poco escote a la imaginación del espectador. No me daba tiempo a maquillarme, así que mientras bajaba en el ascensor me pinté las pestañas y me apliqué un poco de colorete. No me veía nada mal, la verdad.

El metro se retrasó unos minutos, así que como consecuencia yo llegué tarde a trabajar. Alcancé el ascensor con la respiración agitada por la carrera y aproveché esos segundos de relajación para recolocarme la blusa en condiciones. Parecía que me habían sacado de correr una maratón.

Salí del ascensor y me encaminé hacia el pasillo sin dedicarle un breve “buenos días” a la recepcionista. “Cada cual se merece un poquito de su propia medicina”, pensé.

—¡González! —gritó la rubia al ver que pasaba de largo.

Me detuve de inmediato y le lancé una mirada inquisitiva. ¿Y ahora qué quería de mí la *barbie* de piernas infinitas?

“Que no me suelte el rollo de que el señor Montero quiere verme, por favor”.

Era demasiado temprano, mis neuronas seguían por su séptimo sueño y no me encontraba con la suficiente fuerza como para enfrentarme a Alejandro y a sus extrañas insinuaciones.

—La responsable de recursos humanos quiere verte —me dijo sin entrar

en detalles—. Despacho número trece de la quinta planta.

Me quedé paraliza.

¿Qué la responsable de recursos humanos quería verme? ¿Por qué diablos iba a querer verme a mí?

Una idea fugaz cruzó mi mente y, de pronto, me sentí paralizada. ¿Y si Alejandro Montero había decidido despedirme antes de tiempo? Adiós carta de recomendación, eso por descontado. Había esperado que mi estancia en ese lugar se alargase un poquito más —la cantidad de trabajo que quedaba por procesar era descomunal— y aprovechar ese dinerillo extra para hacer frente a mis impagos del mes; pero al parecer, la aventura iba a terminar un par de días antes de lo esperado en un principio.

Retrocedí hasta el ascensor y descendí hasta la quinta planta mientras me frotaba las manos de forma incómoda contra el pantalón.

Tal y como señalaba la placa del despacho, la responsable de recursos humanos era Patricia Martínez. Suspiré y golpeé la puerta decidida a enfrentarme a esa tal Patricia lo antes posible. Alargar los momentos de ansiedad era perjudicial para la salud... O al menos eso decían los anuncios de la tele que intentaban venderte tilas y tés.

—¿Alicia González?

Asentí con la cabeza mientras tomaba asiento frente a ella.

La mujer sonrió de oreja a oreja y estiró el brazo por encima del escritorio con la intención de estrecharme la mano. Me sorprendí ante su actitud. La verdad es que no parecía comportarse como debería hacerlo alguien que está a punto de despedir a un empleado dos días antes de que su contrato temporal finalice.

—Pues bien... Vayamos al grano, Alicia.

Asentí de nuevo.

La curiosidad por saber qué era lo que estaba ocurriendo me carcomía las entrañas.

—Verás, estos tres días que has estado en la empresa tu superior ha evaluado la calidad de tu trabajo y el potencial que tienes para desempeñar tus tareas, así que la dirección ha decidido ofrecerte un contrato directamente a ti, dejando de lado la empresa de trabajo temporal en la que estás ahora mismo.

¿La calidad de mi trabajo y el potencial para desempeñar mis tareas? ¿Pero qué diablos estaba diciendo aquella mujer? No sabía qué había dicho Lucía sobre mí, pero dudaba mucho de que “teclear a paso de tortuga coja” fuera mostrar mi gran talento.

—Creo que es un error... —acerté a murmurar.

—¿Eres tú Alicia González?

—Sí, pero...

—Entonces no hay ningún error —aseguró la mujer con una sonrisa de oreja a oreja—. Sabemos que aún te quedan dos días, pero hemos pensado que sería conveniente que fueras trasladándote al que será tu puesto definitivo —continuó tras deslizar unos papeles hasta dejarlos frente a mí—. Ese es el contrato. Échale un vistazo y coméntame si tienes alguna duda.

Lo cogí con las manos temblorosas. Eran demasiadas páginas como para leerlas todas; además, aunque lo hubiera hecho, estaba convencida de que no habría entendido ni la mitad de lo que estaba estipulado en sus cláusulas. Pero había una cosa que estaba bien clara y que sí comprendía: contrato indefinido. In-de-fi-ni-do. Necesité casi un minuto entero para procesar aquella parte.

—Directora de marketing... —leí en voz alta, incapaz de creer que aquello fuera cierto.

—Sí, así es. El lema de la empresa y del señor Montero es “*the power of talent*”, y al parecer han sabido descubrir un diamante en bruto a tiempo.

¿The power of talent? ¿El poder del talento? ¿Diamante en bruto? ¿Pero qué diablos eran toda esa sarta de gilipolces?

—El señor Montero ha decidido quedarse unos cuantos meses en la sede de Madrid así que durante este tiempo va a tener el honor de trabajar y formarse codo con codo con él. Un verdadero privilegio, claro.

Tragué saliva.

¿A qué diablos venía todo aquel despliegue? ¿De verdad esperaba comprarme con un trabajo fijo? ¿Me estaba “pagando” como a una prostituta? No entendía nada. Todo aquello era demasiado aturdidor y surrealista como para ser cierto.

—¿Podría... pensármelo?

La mujer de recursos humanos pestañeó, incrédula.

Yo, que de estúpida no tenía un pelo, podía imaginar perfectamente qué se le estaba pasando por la mente. ¿Cómo una chica en su pleno juicio no se lanzaba sobre el papel a firmar como una loca?

—Sí, claro que puede pensárselo, pero...

Me levanté de la silla sin dejarla continuar.

Fui consciente en ese instante de que me temblaban las piernas y de que me costaba respirar. Supuse que estaría sufriendo una taquicardia o algo similar, así que me apresuré a despedirme de ella y abandoné de forma brusca y con malos modales el despacho de la tal Patricia. Temblaba de pies a cabeza.

Caminé por el pasillo hasta el ascensor y pulsé el botón de la decimoquinta planta de forma automática. ¿Por qué? ¿Qué pretendía Alejandro Montero ofreciéndome el trabajo de mis sueños? “Comprarme”. Esa era la única respuesta que venía a mi mente y, con tan sólo pensarla, sentía ganas de vomitar. Me parecía ridículo; podía tener a la *barbie* cañón a sus pies tras chasquear los dedos pero, tal y como me había advertido, se había propuesto “conseguirme” a cualquier precio. Y eso estaba haciendo... ¡Comprarme!

No sé si la recepcionista estaba en su puesto de trabajo porque, la verdad, pasé de largo demasiado concentrada en mis propios pensamientos. Crucé el pasillo de la moqueta gris con el paso acelerado y la respiración agitada hasta plantarme frente a la puerta del despacho de Alejandro Montero. No llamé antes de entrar; simplemente irrumpí en la estancia como un huracán.

Alejandro, que tenía el teléfono en la mano, colgó el auricular y se quedó mirándome fijamente. Sus ojos verdes tan profundos parecían capaces de traspasarme la piel y toda mi fuerza de voluntad se desvaneció en el acto. Había planeado soltarle un buen sermón sobre la dignidad y todos esos rollos, pero cuando lo tuve delante fui incapaz de decirle nada. ¡Joder! ¡Es que el asqueroso de él era demasiado atractivo y una terminaba perdiendo la cordura con rapidez!

—¿Acabas de rechazar mi oferta de empleo?

Parecía realmente consternado.

“Como podrás comprobar, no soy una facilona como tus modelos de oficina”, pensé para mis adentros.

Pero estaba demasiado aturdida para decir eso en voz alta, así que en lugar de hacerlo, sacudí la cabeza mezclando un sí con un no.

—¿Por qué?

—¿Qué pretendes, Alejandro?

Me sentí fuerte y superior tratándole por su nombre y no dirigiéndome a él como al “señor Montero”.

—Por favor, cierra la puerta y charlemos, Alicia...

Alejandro se levantó de su sillón y caminó hasta mí. Cerró la puerta y se quedó a unos pocos centímetros de distancia de mi cuerpo. Yo continuaba tensa y me sentía extraña: aturdida, enfurecida y... ¿Alucinada? Sí, supongo que estaba “flipando”. Alcé la cabeza para mirarle a los ojos y por primera vez fui consciente de lo alto que era realmente. Imponía mucho.

—Solamente quería ayudarte, Alicia... Me dijiste que querías conseguir un buen trabajo, un trabajo fijo... Y yo tenía la oportunidad de ayudarte.

Parecía confuso por mi reacción.

—¿Esto no tiene nada que ver con que te haya rechazado?

La sonrisa que Alejandro me dedicó consiguió derretirme allí mismo. ¡Joder..., joder, joder!

Sacudió la cabeza en señal de negación y caminó un paso hacia atrás para apoyar su espalda contra la pared. La pose que había adquirido era tan sexy y despreocupada que solo pude pensar que aquel hombre era un dios en persona. ¿Cómo podía causar aquel efecto tan perturbador en mí? ¿Cómo podía nublarne la razón de esa manera? ¡Es que parecía sacado de un maldito anuncio de colonias de Armani!

—Claro que tiene que ver —confesó sonriente. “Lo sabía”, pensé de inmediato. Alejandro era un maldito niño mimado y engreído que se pensaba que podía conseguir todo lo que quisiera—. Ya te he dicho que yo no acepto un no por respuesta, y menos aún cuando me gusta tanto una mujer.

Sus palabras causaron un repentino corto circuito en mi mente. ¿Por qué? ¿Qué diablos había visto en mí? Yo solamente era... una chica normal y corriente.

—¿Qué te parece si hacemos un trato? —propuso, acercándose a mí y reduciendo la distancia que había entre nosotros—. Piénsate lo del contrato y, si de verdad es lo que quieres hacer, acepta el trabajo...

—¿Y cuál es el trato?

—No te volveré a proponer una cita —aseguró con aquella sonrisa de niño travieso—. Esperaré a que tú me la propongas a mí.

No pude contener una risita irónica que Alejandro se encargó de silenciar muy concienzudamente. De pronto su brazo rodeó mi cadera y nuestros cuerpos se atrajeron. Podía sentir el calor de su cuerpo y el olor varonil que desprendía. Su otra mano se posó sobre mi barbilla y, después de levantarla, sus carnosos y sensuales labios presionaron los míos. Sentí su lengua recorriendo mi boca hasta que, finalmente, entreabrí los labios para dejarle pasar al interior. Me besó. Fue uno de esos besos de película que crees que jamás podrán existir en la vida real. Alejandro era puro morbo, y eso conseguía volverme loca de remate. Sentí su mano traviesa recorriendo mi espalda mientras continuaba besándome. Estaba tan excitada que fui incapaz de detenerle cuando, de forma inesperada, sacó la blusa de mi pantalón para colocar la mano sobre mi cadera, piel con piel. El estaba caliente y yo estaba fría, aunque por dentro ardía. Quemaba. Su lengua jugaba con la mía y nuestros cuerpos hablaban por sí mismos frotándose el uno contra el otro. Podía notar

cómo yo le atraía a él tanto como él a mí pero... ¿por qué? Seguía sin comprenderlo. Si podía tener a la mujer que quisiera, ¿por qué me deseaba a mí?

La mano de Alejandro subió hasta el cierre de mi sujetador, pero en vez de desatarlo, pasó de largo y lo dejó como estaba para después volver a bajar hasta mi trasero.

¡Joder!

La cosa pintaba mal. Una Alicia desinhibida quería disfrutar del momento y olvidarse de todas las preocupaciones. Otra quería poner freno y demostrarle lo poco que era capaz de intimidar a una mujer de verdad. Y una última Alicia me gritaba a voces que, en el fondo, todo aquello pintaba mal. Sí, la última Alicia me estaba intentando hacer recordar todo aquello que sentí por Alejandro en el instituto, lo mucho que me había enamorado de él y cuánto me rompió el corazón descubrir que estaba con unas y otras, sin importarle lo más mínimo el sufrimiento que causaba. Esa misma Alicia me decía que, si no me detenía en aquel mismo instante, terminaría tan abatida y hecha pedazos como lo estaba Alma.

Pero Alejandro besaba demasiado bien y resultó inevitable que la primera Alicia, la que anhelaba comérselo enterito y disfrutarlo de principio a fin ganase la batalla. Sentí el calor que ardía por mis entrañas cuando Alejandro me cogió entre sus brazos y me llevó en volandas hasta la mesa de su escritorio. Mi vista se desvió hacia la puerta y el peligro porque cualquiera pudiera irrumpir y pillarnos de esa manera hizo que mis pulsaciones se disparasen a mil.

—Me encantabas entonces... y me encantas ahora —ronroneó de forma juguetona soplándome en el cuello.

“Te rompió el corazón entonces y te romperá el corazón ahora”, corrigió la voz de mi cabeza.

Me detuve en el acto y le aparté de un manotazo. Alejandro me repasó con la mirada y, unos instantes después, terminó alejándose de mí con el rostro cargado de vergüenza.

—Lo siento...

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué ves en mí, Alejandro? Llevas dos días pidiéndome una cita... ¿Por qué?

Sabía la respuesta. La había sabido desde el principio pero la Alicia tonta estaba suplicando que la Alicia lista se equivocase. En un par de días Alejandro Montero había conseguido desquiciarme por completo, así que mi

pregunta era la siguiente: ¿qué sería capaz de hacer con mi cordura en una semana? ¿Y en unos meses?

Él se encogió de hombros.

—El viernes será mi último día —aseguré, encarándole con decisión—, no voy a aceptar tu proposición.

—Solamente intentaba ayudarte...

—Pues gracias, Alejandro, pero no necesito tu ayuda.

Y sin decir nada más, salí de su despacho.

11

Ginebra

Necesité correr hasta el servicio de señoras y encerrarme en él un buen rato hasta que, finalmente, logré calmarme. Estaba histérica y la situación me parecía tan descabellada que no sabía por dónde cogerla. Joder... ¡Mi vida se había transformado en una película de Alex de la Iglesia!

Regresé a la cueva. Lucía me sorprendió con una sonrisa y, como solía ser habitual, de buen humor —cosa que me parecía sorprendente—. Le expliqué sin entrar en detalles que había estado en una charla con la encargada de recursos humanos y que no había podido llegar antes. Ella le restó importancia e incluso me insinuó que “tenía entendido que ya no me volvería a ver más”. Yo no pregunté al respecto y ella tampoco, así que continuamos con nuestro trabajo en silencio.

Me pasé el día sumida en un estado taciturno y ni siquiera me atreví a salir de aquel oscuro cuartucho ni a la hora de comer. El simple hecho de que Alejandro y yo pudiéramos cruzarnos por los pasillos me horrorizaba. Un día y medio. Ese era el tiempo que tendría que aguantar hasta perderle de vista.

Le escribí un mensaje a Alma cuando el reloj comenzó a acercar sus agujas a la hora de salida. Le pregunté si le venía bien quedar aquella tarde y me respondió que a las nueve como muy tarde se pasaría por mi casa. Sabía muy bien que ambas nos encontrábamos pasando un trance peligroso y que juntarnos podía ser una verdadera bomba de relojería, pero merecía la pena arriesgarse.

Me sentía extraña. Cuando me decidí a marcharme, salí de la habitación asustada, deseando no verle. Pero aún así, no pude resistir la tentación y desvié la mirada hacia la puerta de su despacho. Alejandro no estaba y la decepción se instaló en mí. ¿Por qué? ¿Por qué tenía la sensación de que la razón y el corazón estaban librando una batalla que me consumía y me dejaba sin fuerzas?

Necesitaba a mi loca y despreocupada Alma y una buena sesión de *Sexo en Nueva York* para borrar penas. Sí, estaba convencida de que una noche de amigas podía curar cualquier pena.

Me apresuré hacia el ascensor. Caminaba con paso decidido cuando noté una presencia tras de mí. Lucía no podía ser, claro, porque se había marchado diez minutos antes que yo. Pulsé el botón que llamaba al ascensor y me planté firmemente frente a él sin ladear la cabeza. Sentía las piernas temblorosas, pero estaba decidida a mantener la compostura costase lo que costase. Era él. Alejandro. Podía oler su perfume varonil incluso a aquella distancia, así que no necesitaba girarme para comprobarlo.

El cabronazo de él tenía la capacidad de volver loco mi sistema nervioso y mi cuerpo reaccionaba a su presencia de una forma asombrosa... Como si en el fondo necesitase volver a sentir su lengua en mis labios y su aliento en mi cuello.

“Deja de pensar en esas cosas, Alicia”.

Sí, lo mejor era mantener la mente fría y pensar que, por ahora, el día ya había terminado. ¿Cuánto tiempo íbamos a estar juntos en el ascensor? ¿Treinta segundos como mucho? Podría superarlo, claro que sí.

El ascensor alcanzó la decimoquinta planta y las puertas se abrieron de par en par. Sentía a Alejandro un paso detrás de mí, justo a mi derecha. Esperé unos segundos y al final me decidí a entrar. Me di la vuelta y nos miramos fijamente; tenía la sensación de que era una especie de reto. Al final, desistí. No tenía sentido torturarme más con Alejandro Montero.

Él pasó al interior y se colocó a mi lado antes de pulsar el botón de la planta baja. Me sorprendió que no se dirigiera al garaje, pero no comenté nada. Me costaba respirar. Podía sentir la tensión que se había formado entre nosotros y oler su maldito perfume.

De pronto, cuando nos acercábamos a la séptima planta, Alejandro estiró el brazo y golpeó el botón de emergencia que detenía en el acto es ascensor. Abrí los ojos, sorprendida, y le miré muy fijamente esperando alguna explicación. ¿A qué diablos venía aquello?

Alejandro se colocó frente al panel de botones con la clara intención de obstaculizarme el acceso a él. Intuí que por mucho que lo quisiera, no lograría desbloquear el ascensor. Pero claro, ¿acaso quería que aquel instante terminase? ¿De verdad deseaba perder a aquel hombre —semidiós —de mi vista?

—Quiero hablar contigo, Alicia...

Pestañeeé sin saber muy bien qué decir.

—¡Esto es acoso! —exclamé con una ridícula vocecita aguda.

Para mi desgracia, resultaba más que obvio lo atraída que me sentía por

él. Y supongo que quizás por esa razón Alejandro aprovechaba para jugar muy bien las cartas que tenía en su poder.

Mi jefe sonrió con picardía.

—Creo que sí... La chica de recursos humanos te daría la razón.

¿A qué estaba jugando?

—¿Y qué pretendes? ¿Qué te denuncie a recursos humanos?

—Pretendo convencerte para que aceptes ese trabajo, Alicia —continuó, esa vez optando por un tono de voz más serio—. Espero hacerte entrar en razón y poder convencerte para que hagas lo correcto.

Sí, me estaba ofreciendo el trabajo de mis sueños. Pero el trasfondo que había detrás de aquel asunto era asquerosamente sucio. Quizás en su mundo de pijos y ricos todos tuvieran un precio, pero por primera vez en la vida tendría que aprender lo que significaba un “no” y procesar muy despacito que Alicia González no tenía precio.

—¿Es tu nuevo reto?

Alejandro se acercó a mí y colocó una mano sobre mi cintura. Estuve tentada de apartarme de golpe, pero es que muy en el fondo el contacto con él me volvía loca. Me encantaba. Colocó su barbilla cerca de la mía y necesité tomar aire muy profundamente para mantener la calma. Lo que menos me gustaba de aquel asunto era delatarme a mí misma.

—Puede —murmuró con voz ronca y sensual—. ¿Quieres que te cuente una cosa?

No respondí. Sabía que el caprichoso y egocéntrico de Alejandro me contaría lo que le viniera en gana, respondiera yo que “sí” o que “no”. Me quedé paralizada haciendo gala de mi máximo autocontrol para no abalanzarme sobre él y arrancarle a tirones la camisa que llevaba debajo de la americana. Se había quitado la corbata y llevaba desabrochados los primeros botones, dejando entrever un poco de pelo de su pecho. ¡Dios...! Era puro morbo. Y la verdad es que la escenita del ascensor parecía sacada de una película porno.

“Deja de pensar en esas cosas...”, me repetía mi conciencia una y otra vez. Cada vez me costaba más mantener al diablo bien atado en mi interior.

—No volví a pensar en ti... Ya sabes, después de aquellos meses en los que coincidimos en el instituto. ¿Quieres que te diga lo que significaste para mí entonces?

Su confesión me pilló totalmente desprevenida.

Resultaba patético saber que él no había vuelto a pensar en mí y que yo, años

después, aún seguía sufriendo alguna que otra fantasía erótica en la que él era el amo y yo su sumisa traviesa. El profesor y la alumna, el médico y la paciente... Sí, desde luego, tenía que admitir que había visto demasiado porno. Estaba enferma.

—No significaste nada —confesó justo antes de besarme en el cuello de forma sensual, lamiéndome—. Absolutamente nada. Ni siquiera te reconocí por esos besos que nos dimos en el lavabo, porque ya sabes... Todas querían besarme. Te reconocí porque eras la que me pasaba los deberes de clase y me dejabas copiarlos sin rechistar con tan solo una miradita a cambio. La listilla que se creía que podía tener una aventura con el “guay”...

Tragué saliva, consciente de que de un instante a otro me echaría a llorar allí mismo. Y lo último que quería era llorar delante de aquel imbécil impresentable que se creía en derecho de pisotear a cualquiera porque estaba bueno y tenía más dinero que un torero. No..., no pensaba llorar delante de él. No se lo merecía.

—Pero entonces te vi aquí, en mi empresa y supe que te conocía de algo. No sabía de qué porque, para ser sinceros, no era capaz de ubicarte en mi pasado... Aunque al parecer tú sí me reconociste a la primera, ¿verdad?

La primera lágrima resbaló por mi mejilla y Alejandro se apresuró a retirarla con delicadeza, como si estuviera consolándome en vez de estar provocándome. Quería sentir rabia, pero en lugar de eso lo único que sentía era pena de mí misma. Ese capullo asqueroso había conseguido su propósito.

—Pero aún sin saber de qué nos conocíamos o en qué lugar habíamos coincidido, recordé algo. No fue tu nombre ni tu apellido, pero sí supe que eras la chica más inteligente que había conocido. La más lista, la más buena... La que tenía siempre una sonrisa dulce para todo el mundo. ¿Acaso tú lo entiendes? ¿Cómo podía haberte olvidado y... aún así, recordar que eras maravillosa? Y que me adorabas... Recuerdo esa forma de mirarme que tenías...

Aquello último sí que no me lo esperaba.
¿De verdad acababa de decir que yo era maravillosa?

—¿No se supone que era la Alicia tontita que te dejaba los copiar los deberes?

Alejandro soltó una carcajada.

—Eras ambas cosas... Por eso quiero conocerte, Alicia —continuó, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo de forma sensual—. Te voy a decir una cosa y espero que atiendas a cada una de mis palabras, ¿vale? Estoy cansado. Estoy

cansado de no ser lo que esperan o de tener que comportarme como me ordenan. Estoy agotado de tener a gente a mi alrededor que solamente me quiere por algún interés, por mi dinero o por mi posición en esta empresa. Tienes razón, nadie me dice que no a nada. Tú te has comportado de la forma más extraña jamás vista: me has rechazado... varias veces. Has rechazado la mejor oferta de trabajo que vas a ver en tu vida. Tus sueños no radican en un viaje a las Bahamas o en conducir un Ferrari, tampoco sueñas con poseer una mansión. Tu objetivo en esta vida es tener una familia y eso, Alicia, es justo lo que yo jamás he tenido.

No había entendido nada.

Dudaba, incluso, que él hubiera sido capaz de comprender el significado de aquel torbellino de sentimientos y emociones que había vomitado. Pero me gustó tanto que me dejó sin palabras. Liberé una tímida risita. Me sentía como una adolescente a punto de recibir su primer beso.

—Así que quiero convencerte de dos cosas. Una de ellas es que aceptes este trabajo... Supongo que si no hubiera sido por ti mi padre habría tenido que comprarme a hurtadillas un título de bachillerato —bromeó, mientras yo soltaba una carcajada—. Por tanto, creo que te lo debo. Además, me consta que sabré explotar cada gramo de tu potencial.

—¿Y la segunda cosa?

—La segunda es que me pidas esa cita.

—¿Yo?

Alejandro acercó sus labios a los míos. Tuve la sensación de que la tensión sexual que se respiraba en el ambiente amenazaba con hacer estallar el ascensor en cualquier momento. ¡Joder! ¿Cómo podía hacer tantísimo calor en el maldito ascensor? Alejandro me observó despeinado y con esa mueca de satisfacción en su rostro. Parecía un niño pequeño que, después de una rabieta, obtenía lo que deseaba.

—Sí, tú... Te dije que lo harías.

Sus labios rozaron los míos y estuve tentada de abalanzarme sobre él. El muy cabronazo sabía muy bien cómo volver loca a una mujer.

—No quiero más citas, Alejandro... Ni contigo, ni con nadie —aseguré, conteniendo el aliento mientras él jugueteaba con uno de los mechones de mi cabello—, estoy muy bien soltera.

Su mano aún continuaba en mi cintura. Mi cuerpo pegado al suyo, sus carnosos labios tan cerca de mi boca y, ¡joder! ¡Podía sentir su erección contra mi vientre! Aquello era demasiado... Si no salía de allí en cuestión de

segundos, el asunto terminaría realmente mal.

—Vamos paso a paso... ¿Aceptarás el trabajo? —inquirió justo antes de besarme.

Al principio no reaccioné, pero unos segundos después le devolví el beso mientras nuestros cuerpos se enredaban de forma salvaje. Alejandro rodeó por completo mi cintura con ambas manos y me atrajo a él hasta dejarme sin respiración. Fue subiendo la mano por mi espalda hasta dejarla apoyada sobre mi nuca. Podía sentir los movimientos de su cuerpo buscándome, deseándome, anhelando hacerme el amor allí mismo. Quizás, después de todo, el que estaba loco por mí era él y no al revés como había creído hasta entonces. Puede que la atracción fuera mutua. Alejandro tiró de mi blusa hasta sacármela por la cabeza y dejarme en sujetador frente a él. Por unos instantes me sentí expuesta y juzgada —¿cómo no hacerlo cuándo tenía una barbie cachonda trabajando a dos metros de mí?—, pero nada más observar la expresión de deseo que delataba su mirada cualquier complejo quedó en el olvido. Separó sus labios de los míos para posarlos sobre mi cuello y comenzó lamirme descendiendo suavemente en dirección al sujetador. Mis pezones reaccionaron al instante, irguiéndose para él. Anhelando que aquella lengua los repasase con lentitud y que su boca los succionara.

—Dime que aceptarás el trabajo, Alicia... No quiero perder esta piel de vista tan rápido —ronroneó volviéndome loca de placer.

Asentí sin siquiera pensar en lo que hacía.

Supuse que, si más tarde me arrepentía de aquello, tendría tiempo para echarme atrás y cambiar de opinión.

Las manos traviesas de Alejandro desabrocharon mi pantalón de pata de gallo y su boca se separó de mi piel antes de que pudiera alcanzar mis senos. Se agachó para quitarme los pantalones y me dejó expuesta, solamente con la ropa interior y los zapatos de tacón en los pies. Me miró de arriba abajo, repasándome muy lentamente con el rostro desencajado. No necesité preguntarlo porque era más que evidente lo mucho que le gustaba lo que estaba viendo. Olvidé mis kilos de más y mi piel de naranja y me concentré en él. Joder...

Jamás hasta aquel entonces recordaba haberme sentido taaaaan excitada. Tenía la vista nublada y ardía en deseos porque me poseyera, porque se clavase en mí interior y me hiciera el amor de forma salvaje y descontrolada como nunca jamás nadie me lo había hecho.

—Me voy a encargar de que me supliques esa maldita cita, Alicia.

Sonreí.

—¿Me estás retando?

La sonrisa en su rostro se ensanchó y supe en aquel momento que por fin comenzábamos a jugar con las mismas cartas de ventaja.

Alejandro, aún vestido, se arrancó la americana y se colocó de rodillas ante mí. Me mordió las braguitas de tal manera que no pude evitar un gemido de placer. Dios... La maldita tela separaba su boca de mi piel y yo deseaba tanto sentirle a él, a su lengua, a su todo. En aquel momento era toda suya y podía hacer conmigo lo que quisiera. Se quitó la camisa y dejó al descubierto sus perfectos y marcados abdominales. ¿Pero cuánto tiempo se pasaba aquel hombre encerrado en el gimnasio? ¡Por Dios! Aquella pregunta hizo que mi sucia mente se imaginase a Alejandro levantando una pesa detrás de otra, sudadito y mojado. “Alicia, eres una auténtica perversa”. Y entonces se quitó los pantalones y descubrí que la cosa mejoraba notablemente. Si después de todo sabía utilizar sus atributos en condiciones no podría resistirme a replantearme esa cita que tanto deseaba tener conmigo.

Se quedó totalmente desnudo frente a mí y se abalanzó para comerme la boca. Sus manos repasaron mi silueta, disfrutando mis curvas hasta detenerse en mi espalda con la intención de desatarme el sujetador. Parecía que el cierre se le resistía más de la cuenta, así que me reí.

—¿Falta de práctica? —pregunté con sorna.

Él parecía encantado con aquellas nuevas tornas que habíamos adquirido.

—Ahora te voy a demostrar la práctica...

Mi sujetador explotó.

Alejandro había reventado el cierre de un tirón, arrancándomelo. Mis pechos se liberaron al instante y él, salvaje y descontrolado, se abalanzó sobre ellos. Me los masajé, chupó, succionó y mordió mientras yo gemía de placer. Todo me resultaba tan intenso que tenía la sensación de que podía correrme de esa manera, sin necesidad de nada más. Hundí mis uñas en su espalda y ahogué un grito ronco de placer mordiéndole la clavícula. Él parecía encantadísimo con mi repentino canibalismo, claro.

Mientras su boca disfrutaba de mis pechos, bajó la mano para introducirla en el interior de mis bragas y tocarme. Yo, para entonces, estaba tan cachonda y mojada que el simple contacto con su dedo conseguía hacerme arder. Aproveché para masajear su erección y me sorprendí con la envergadura del aparato. ¡Joder...!

Alejandro se apartó de mí con brusquedad, liberando un pequeño gruñido

ininteligible. Me giró y me empujó contra la pared, dejando mi trasero expuesto a él. Me temblaron las piernas... Y esperé impaciente. Sentí cómo me mordía una nalga y después volvía a meter su mano en mis braguitas para masajearme con destreza. Sus dedos jugaban alrededor de mi entrada, provocándome, hasta que finalmente me arrancó la tela de otro tirón. ¡Genial! ¡Volvería a casa sin bragas y sin sujetador! Pero ese asunto en esos instantes tampoco resultaba ser de máxima prioridad. Sentí su pene subiendo y bajando contra mi humedad y gemí de placer. Apreté mi cuerpo contra la pared y el frío del metal del ascensor erizó mis pezones.

Alejandro no perdió el tiempo y se hundió en mí de una estacada, apoyando su mano contra mi espalda. Empezó a empujar, entrando y saliendo, volviéndome loca de placer. No sé cuánto tiempo estuvimos de esa manera pero recuerdo que el placer me nubló por completo. Alejandro murmuraba lo mucho que estaba disfrutando mientras me empujaba contra la pared. Su voz sonaba sensual... y, ¡Dios! ¡Qué bien lo hacía!

Estallé de placer antes de lo que me hubiese gustado, pero contenerme durante más tiempo resultó una tarea imposible. Alejandro sintió cómo mis músculos vaginales se contraían, aplastándolo, y explotó unos instantes después de mí. Noté su cuerpo contra el mío y sus brazos rodearon mi cintura. A diferencia del polvo con el bomberazo, aquel final no fue frío e impersonal. Más bien lo contrario.

Me giró y me estrechó entre sus brazos tras apartarme un mechón de mi rostro. Estaba sudado por el esfuerzo, pero no me importó. Me apoyé contra su pecho y tuve la sensación de que Alejandro era una auténtica roca. Estaba duro como una piedra.

—¿Me la vas a pedir? —se rió con picardía.

Estaba tan aturdida por el sexo que ni siquiera comprendí a qué se refería.

—La cita —puntualizó—. ¿Te he convencido?

Levanté la mirada hacia él y negué con la cabeza.

—Tengo que pensármelo —respondí, regresando a la realidad.

Vi la ropa en el suelo y fui consciente de lo que había ocurrido en realidad; sí, había experimentado unas muy placenteras relaciones sexuales pero... ¡Me acababa de acostar con mi jefe! Aunque, en realidad, tan solamente me faltaba un día para abandonar la empresa... A no ser que aceptase el trabajo. Me sentí atorada y mi cabeza empezó a dar vueltas y más vueltas.

—Eh, eh... ¡Que sólo es una cita!

Alejandro me soltó y empezó a vestirse sin apartar la mirada de mí. Tuve que recordarme a mí misma que estábamos en un ascensor y que, según el reloj de mi muñeca, ya llevábamos allí encerrados más de una hora. Era cuestión de tiempo que alguien enviase a un técnico de mantenimiento para comprobar lo que estaba ocurriendo. Fui a vestirme pero me detuve al ver mis bragas hechas añicos... ¡Y mi sujetador!

Una cosa era salir sin bragas y otra era salir del edificio e ir en metro hasta mi casa con aquella blusa y sin sujetador.

—Uf... —resoplé agobiada mientras me subía los pantalones.

Alejandro se rió.

—Te llevaré a casa... No tienes de qué preocuparte.

Sacudí la cabeza en señal de negación.

—Tengo miedo de lo que puedas hacerme si nos quedamos a solas en tu coche...

Él comenzó a reírse sin control, divertido con mis ocurrencias.

¡Joder...! ¡Joder! ¡Me había tirado a Alejandro Montero!

Aún estaba esforzándome por procesarlo cuando el ascensor volvió a ponerse en marcha. Seguramente alguien habría pulsado el desbloqueo de forma manual al ver que no reaccionaba. Me coloqué la blusa y me solté el pelo para dejarlo caer sobre mis hombros y disimular un poco el escote. Y justo cuando las puertas se estaban abriendo de par en par yo todavía me colocaba los zapatos.

—¿Se encuentran bien? —inquirió el técnico de manteniendo.

El habitáculo olía a sexo, Alejandro llevaba la camisa semi-abrochada y yo continuaba con un zapato en la mano. Supuse que el técnico no necesitaba sumar dos más dos para llegar a imaginarse las guarrerías que habíamos estado haciendo.

—De maravilla —respondió Alejandro con retintín y una sonrisa de oreja a oreja.

Salí del ascensor con un rubor ascendiendo hasta mis mejillas. Me coloqué el segundo zapato mientras daba saltitos a la pata coja y me apresuré a abandonar aquel hall casi vacío con rapidez y sin despedirme de él. Cuando salí al exterior, aspiré una fuerte bocanada de aire e intenté relajarme. Estaba destemplada y confusa. Demasiados cambios en mi vida y muy poco tiempo para asimilarlos.

No había caminado dos pasos hacia delante cuando Alejandro apareció

detrás de mí y me sujetó de un brazo.

—¿No ibas a decirme adiós?

—Te voy a ver mañana... —acerté a responder mientras mi pecho subía y bajaba intentando controlar mis aceleradas pulsaciones.

Alejandro no pasó por alto mi desasosiego.

Dibujó una sonrisa de medio lado y sacudió la cabeza.

—Piénsate lo de la cita... No te estoy pidiendo matrimonio ni nada parecido, Alicia. Puede que ni siquiera soporte más de dos copas aguantándote...

Alejandro podía llegar a ser muy insistente.

—Solamente te digo que..., bueno, no quiero pensar que pude haber dejado escapar a la mujer de mi vida.

—O a una insoportable... —señalé.

—Me gustaría descubrir cuál de las dos serás tú.

Su mirada parecía sincera y mi atolondrado corazón no pudo hacer otra cosa que ablandarse y apiadarse del semidiós..., perdón, quería decir, de Alejandro.

—Lo pensaré.

Me di la vuelta y comencé a caminar por la acera. Era tarde; la gente había salido de trabajar y paseaba por las calles a pesar de que el frío de la noche les obligase a apretarse las chaquetas. Me di la vuelta antes de comenzar a bajar por la boca del metro y vi que Alejandro continuaba en el mismo punto donde le había dejado, mirándome muy fijamente. Me saludó levantando la mano y yo le devolví el gesto antes de introducirme en las entrañas de Madrid.

Cuando me subiera al tren me quedaría sin cobertura, así que aproveché para llamar a Alma. Supongo que mi voz delataba el aturdimiento que me sacudía internamente, porque nada más descolgar, sus únicas palabras fueron “estoy de camino y llevo chocolate”.

—No te olvides la ginebra —amenacé, convencida de que un par de tragos me vendrían bien para lavar la mente y las ideas.

12

¿Jugamos?

Alma tampoco había tenido un buen día.

Aquel fatídico jueves Héctor también se había pronunciado, pero había sido en forma de mensaje y para darla plantón —nuevamente—. Parecía que el matrimonio del sexy profesor de karate comenzaba a resurgir de las cenizas, destruyendo en aquel nuevo incendio la dignidad de mi querida amiga Alma.

Nos sentamos en el suelo y colocamos una caja de bombones de gasolinera sobre la mesa auxiliar del salón. Alma destapó la botella. Estaba por la mitad porque en nuestra anterior crisis existencial también la habíamos atracado. Me pregunté si quedaría algo más de alcohol por mi casa; dudaba de que aquella mitad fuera suficiente para ahogar nuestros pecados.

—Empiezo yo —dijo Alma, llenando su vaso con un par de dedos de ginebra.

Así, a pelo. Éramos jóvenes y unas verdaderas valientes.

Mientras mi amiga se planteaba cuál debía de ser el comienzo, yo atacé los bombones. Aquellos malditos corazoncitos que los maridos infieles solían comprar después de echar un polvo con la amante, de camino a su casa, estaban realmente buenos. Buenísimos.

—Mi primer error fue apuntarme a clases de karate... ¿Qué se me pasó por la cabeza? Odio las artes marciales.

Y, tras decir aquello, se tomó de un solo trago todo el contenido del vaso. Vertí la ginebra en el mío y miré a mi amiga sintiéndome una fracasada. La verdad es que yo no necesitaba meditar demasiado sobre cómo comenzó mi situación.

—Mi primer error fue desear a Alejandro Montero cuando íbamos al instituto... —aseguré antes de vaciar el vaso de ginebra en mi garganta.

Ambas podíamos atestiguar que aquel maldito juego funcionaba. Cuando terminábamos de soltar todo, nos sentíamos muchísimo mejor. En una ocasión el juego terminó con Alma desmayada y en otro par de ocasiones nos

quedamos sin alcohol. Quitando esos pequeños percances, ahogar penas resultaba sanador. Y los comas étlicos podían transformarse en divertidas anécdotas que años después relataríamos a nuestros hijos. En definitiva: éramos unas temerarias.

—Siguiente error... follarme al cachondo del profesor —canturreó Alma mientras rellenaba un poquito más de lo habitual su vaso.

Se percató de que la escrutaba con el ceño fruncido y, con mucha seriedad, aclaró:

—Éste ha sido mi error más grande, así que necesito quemarlo vivo.

Solté una carcajada y coreé una cancioncita de lucha animando a mi amiga a bebérselo. Alma, con cara agria, no dejó ni una gota de ginebra. Rellené mi vaso, pero antes me comí un bombón. Iba a terminar con las cartucheras rellenas de chocolate, borracha perdida y... feliz. Sí, ése era el verdadero objetivo.

—Mi siguiente error: haber aceptado ese horrible trabajo de una semana.

Fui a beberme el vaso pero, de pronto, comprendí que aquella noche mi lista de errores no tendría final. Alcé el vaso en alto.

—Aceptar el trabajo, tirarle los cafés encima, aceptar comer con él, llevarle los archivos a su despacho después de haberme quedado haciendo horas demás... Creo que necesito que vayas a atracar una licorería, Alma.

Ella rompió en carcajadas y yo aproveché aquel instante para beberme mi chupito antipenas.

—Supongo que somos un par de idiotas.

Asentí.

Estaba totalmente de acuerdo con mi amiga.

—Lo somos.

—Pero hay una diferencia entre tú y yo —continuó ella, cogiendo el último bombón. La verdad es que no nos duraban ni un asalto—, que yo tengo razones para serlo y tú no.

Mi casi hermana se rellenó el vasito de ginebra ante mi atenta mirada.

—¿A qué te refieres? —pregunté con curiosidad.

Había llegado el momento de la noche en el que comparábamos nuestra fatídica situación y hacíamos balance de ambas las partes. Solía ocurrir cuando ya llevábamos unos tragos de más, pero aquel día los chupitos habían surtido su efecto con rapidez porque las dos estábamos sin cenar.

—Verás... Yo tengo un trabajo de mierda, me he enamorado de un tío de mierda que está casado y estoy hecha una mierda. Todo una mierda. Una

jodida mierda. Una mierda pinchada en un palo. Una mierda enorme.

Me reí.

—Una mierda, sí... Lo pillo.

Me bebí mi chupito.

Los efectos del alcohol eran agradables y, por fin, me sentía desinhibida y a gusto. Hablar con Alma era tan sencillo como respirar y, lo mejor de todo, es que no teníamos secretos. Ambas podíamos decir en voz alta todo lo que pensábamos sin miedos a que nadie fuera a juzgarnos.

—Pero tú te sientes como una mierda cuando deberías estar coronándote como reina... —continuó con una vocecilla sarcástica—. El chico que pasó de ti en tu adolescencia se postra a tus pies como un perrito vagabundo... suplicando cariño y amor. Tienes tu revancha pero, lo mejor de todo es que el tío buenorro de él está forrado, es dueño de una empresa y tiene un coche de película. ¿Ves la diferencia?

Sacudí la cabeza.

—No lo entiendes... Él solamente quiere esa maldita cita porque yo le he dicho que no. Soy su golosina.

Alma sacudió la cabeza.

—¡Pero, Alicia! ¿Se puede saber qué pierdes? ¿Y si resulta que realmente os gustáis? ¿Y si encuentras a ese hombre que te sacuda los pensamientos? Siempre habías esperado encontrar el amor y, ahora que llama a tu puerta, le das con ella en los morros.

Tenía razón.

Quizás lo que Alejandro y yo teníamos se redujera simplemente “tensión sexual”, pero debía admitir que Alma estaba en lo cierto. Estaba cerrándome a una cita porque otras muchas me habían salido mal y porque, hasta entonces, jamás había encontrado el amor. Me había resignado...

—Alma... —musité dibujando unos pucheritos—, tengo miedo.

—Y yo —confesó ella—. No quiero sufrir más. Y si lo hago, espero que sea por alguien que merezca mi... ¿amor?

Me arrastré hasta quedar a su lado y apoyé la cabeza sobre su hombro.

—Estás hablando como solía hacerlo yo antaño...

Ella dibujó una mueca de repugnancia.

—Tienes razón, parezco una puta cursi.

Las charlas con Alma cuando había ginebra de por medio eran capaces de resolver la crisis mundial en un santiamén. Ella también se dejó caer sobre mí y ambas cerramos los ojos. Estábamos cansadas de seguir luchando contra

el mundo, esperando incesantemente que éste nos premiara con algo gratificante y... real.

Supuse que, en la vida, los sentimientos siempre hacían daño.

13

Donuts y café

Abrí los ojos a las seis de la mañana.

Era demasiado temprano para comenzar a prepararme pero lo suficiente tarde como para intentar volver a dormirme.

Me arrastré hasta la sala y me filtré tras la barra americana de mi salón. En el sofá, Alma roncaba como un orangután resfriado mientras yo preparaba café para las dos. Me tomé mi taza a pequeños sorbos con la cabeza funcionándome a dos mil revoluciones.

Mi principal preocupación era Alejandro, claro. Y quizás mi principal temor.

¿Tenía sentido no arriesgarse? ¿Vivir con el miedo eterno? ¿Preguntarme el resto de mi vida qué hubiera pasado? Respiré hondo y observé cómo los primeros rayos de sol se colaban a través de las rendijas que dejaba la persiana semibajada. Miré el reloj de la cocina; eran las siete menos veinte de la mañana. Debía de faltar muy poco para que el despertador del móvil de Alma comenzase a silbar como un loco.

Me escabullí hacia la ducha y dejé que el agua fría limpiase los efectos secundarios del alcohol. Me sentía resacosa y lenta, ambas por partes iguales. Me lavé los dientes concienzudamente, me sequé el pelo y me vestí con unos vaqueros ajustados y un top de color rosado que hacía juego con el pintalabios que me apetecía usar. Iba sencilla y, la verdad, es resultado me agradaba. Simplemente aparentaba ser lo que era: Alicia González. Una chica normal como tú o como otra cualquiera.

Cuando salí al pasillo Alma se paseaba en estado zombi por el salón con un café en la mano. Formaba parte de su eterna lista de extrañas costumbres.

—Pasa un buen día y échale ovarios a la vida, Ali —me despidió con una sonrisa traviesa.

No pude contener una risita mientras abandonaba mi hogar. Alma era única, eso por descontado.

Paseé por Madrid.

Aquella mañana decidí que prefería no coger el metro; además, iba con el tiempo suficiente como para tomarme las cosas con muuucha calma. En lo que duraba aquel trayecto debía de tomar varias decisiones y todas ellas rodeaban al mismo hombre: Alejandro...

Antes de llegar a mi empresa, me detuve en la cafetería que hacia esquina en aquella calle y aproveché para comprar una caja de donuts y un par de cafés. No era demasiado, pero quería tener un detalle con Lucía después de la paciencia infinita que había demostrado tener conmigo durante aquella semana. Si era sincera debía de admitir que mi presencia no había contribuido a que avanzase demasiado con los archivos a traspasar.

Cogí el ascensor y pulsé el botón a la decimoquinta planta con un cosquilleo en el estómago. Una vez más, mi razón y mi corazón se encontraban en plena batalla, disputándose la decisión final a capa y espada. Bueno, no, en realidad, eran de barrio y unos macarras. La pelea era con tatuajes y navajas cutres. Lo importante era que uno de los dos acabase con el otro antes de que yo terminara de recorrer ese maldito pasillo de moqueta gris.

Comencé a caminar a través de él. En algún momento, mientras la puerta del despacho de Alejandro Montero se terminaba de cerrar, mi razón apuñaló al corazón y no pude evitar encogerme de dolor. Joder... Deseaba entrar allí y, a la vez, pensaba una y otra vez en abandonar corriendo aquel maldito edificio. ¿Por qué hacía de algo tan sencillo una complicación extrema? ¿Cómo podía experimentar emociones tan chocantes y dispares?

Me detuve frente a la puerta del archivo y lancé una mirada hacia el despacho. Él estaba ahí adentro, sentado en la silla de su escritorio. ¿Estaría pensado en mí? ¿En lo que había pasado entre nosotros el día anterior?

Di un paso hacia él.

Sentía que tenía dos cuerdas atadas a la cintura; una me empujaba hacia la puerta de la cueva, otra me quería arrastrar al despacho. La cuestión es; ¿por cuál de las dos me dejaría llevar? Sujeté con firmeza el café y la caja de donuts y tiré del picaporte con todo lo que Alma me había dicho la noche anterior rondándome en la cabeza.

—¿Alicia?

Alejandro pestañeó varias veces, incrédulo, repasándome con la mirada. Parecía sorprendido.

—He pensado que podría invitarte a desayunar... —le dije con la mirada muy fija en sus carnosos y sensuales labios.

Recordé todo lo que había sido capaz de hacer con ellos en aquel

diminuto ascensor y me pregunté qué no sería capaz de hacer con una buena cama de por medio.

—¿Es una cita? —preguntó con seriedad.

Asentí y coloqué frente los dos cafés para llevar y la caja.

Alejandro sonrió de oreja a oreja y, curioso, abrió la caja para comprobar qué contenía.

—Así que... Tu cita perfecta se reduce a dos cafés en vasos de cartón y unos donuts —ronroneó con sensualidad.

Me indicó con el dedo índice que rodease el escritorio para acercarme a él y yo obedecí. Alejandro me sentó sobre sus rodillas y de forma cariñosa me besó el cuello.

—Nadie ha dicho que esta sea la cita perfecta —señalé con picardía—. Además, cuando hay donuts de por medio todo comienza bien y... —murmuré cogiendo uno de la caja para acercárselo a Alejandro y que lo mordiera—, acaba mejor.

Él saboreó el chocolate, cerró los ojos y asintió.

—Estoy de acuerdo.

Feliz cumpleaños, Alicia

Me encerré en el lavabo y me lavé la cara con agua fría. Había sido un día horrible, de esos que una prefiere no recordar. Me había dormido —el maldito despertador llevaba tres días sin sonar cuando debía —y no me había dado tiempo a maquillarme. Había tenido una reunión a primera hora con los ejecutivos de Japón y la cosa no había ido como cabía esperar. Alejandro se decepcionaría, claro. Pero es que los japoneses eran duros de mollera y cuando se empeñaban con algo no conseguías sacarlos de ahí.

Me despejé un poco y me armé de paciencia para enfrentarme a lo que restaba de día: tenía varias reuniones más y una buena lista de correos electrónicos sin responder —entre ellos, uno con las fotos que Alma me había enviado de su viaje a Kenia. El resto podían quedarse sin responder, pero si me olvidaba de ella rodarían cabezas—. El día que tenía por delante sería estresante, sí, pero tenía claro que podía con eso y mucho más. ¿Acaso no lo había demostrado a esas alturas?

Salí al pasillo y taconé por la maldita moqueta gris que tanto me repugnaba. Me dije a mí misma que debía de hablar con Alejandro y proponerle una nueva redecoración en aquella planta. Al menos, después de mucho insistirle, la habitación de los archivos había dejado de ser la cueva espeluznante en la que tiempo atrás Lucía y yo casi morimos asfixiadas —bueno, más Lucía que yo, vale...—.

Me encerré en mi despacho y pulsé el botón de encendido del ordenador. Mientras el aparatito arrancaba, me alejé hasta la cristalera y observé los altos edificios que tenía frente a mí. Madrid desde aquella perspectiva resultaba tan maravillosa como impresionante, así que cada día me sentía agradecida y feliz de trabajar con aquellas magnificas vistas de mi ciudad.

Dos golpes secos llamaron mi atención. Murmuré un “adelante” con poca energía y me giré hacia la puerta para recibir al recién llegado. Alejandro me dedicó una esplendida sonrisa y caminó hacia mí mordiéndose el labio inferior. Dejó una rosa y una caja sobre la mesa del escritorio y me rodeó con

un brazo la cintura. Olió mi perfume, cerró los ojos y lo degustó antes de besarme. No importaba el tiempo que transcurriera; jamás me acostumbraría a sus fuertes brazos, su aroma, sus definidos abdominales, su pelo alborotado, sus profundos ojos verdes... Era, sencillamente, mi semidiós.

—¿Y eso? —pregunté con curiosidad.

Desvié la mirada hacia la rosa y la caja, pero Alejandro empujó mi barbilla con el dedo índice y levantó mi cabeza para continuar besándome. Era un vicioso... Un vicioso que me volvía loca. Su lengua continuaba recorriendo mi paladar mientras sus manos traviesas desabrochaban de uno en uno los botones de mi camisa blanca. Me reí por sus ansias, pero decidí apartarme. Tenía demasiado trabajo pendiente y no podía entretenerme con sus jueguitos.

—¿Me vas a decir qué es? —insistí, acercándome al escritorio.

Cogí la rosa roja y aspiré su aroma. Me encantaba. Además, si no recordaba mal, era la primera vez que Alejandro me regalaba una flor.

Sonrió de medio lado y rodeó mi cuerpo con ambos brazos, estrechándome contra él.

—Feliz cumpleaños, Alicia...

—No es mi cumpleaños —le corregí, dejando la rosa sobre la mesa y cogiendo la caja.

La entreabrí y, para mi sorpresa, me encontré media docena de donuts esperándome. Solté una tremenda risotada y busqué con la mirada el calendario de sobremesa para asegurarme de qué día era hoy.

—Un año exacto desde nuestra primera cita —me dijo con orgullo.

Dibujé un mohín de niña pequeña y crucé los brazos sobre mi pecho.

—¿Y dónde están los cafés? Te recuerdo que yo...

Pero no pude decir más porque Alejandro me interrumpió comiéndome la boca.

—Los cafés nos hacen perder tiempo —me explicó con una sonrisa, hablándome y besándome al mismo tiempo—, hay que esperar a que se enfríen y todo eso...

Volví a reírme, divertida.

—Y prefiero calentar más el ambiente...

De un manotazo retiró parte de los papeles que descansaban en la esquina de la mesa y me sentó sobre ella. Intenté resistirme, pero conocía bien a Alejandro y sabía que no aceptaría un no por respuesta.

—No puedo —le dije, incapaz de reprimir la sonrisa—, ya te he dicho

que tengo trabajo...

Él, juguetón, sacudió la cabeza en señal negativa.

Después me lamió el cuello y, antes de que yo pudiera volver a protestar, Alejandro tiró de mi camisa haciendo que todos los botones que continuaban atados estallasen. Suspiré, desesperada con mi cavernícola particular. Al menos estaba curada de espanto y siempre tenía alguna prenda de recambio por si Alejandro se emocionaba más de la cuenta...

—¿No se supone que estamos intentando fabricar un bebé?

—¿Fabricar? —respondí entre carcajadas.

Estaba segura de que toda la planta estaba escuchándome reír como una loca.

—¿Acaso se te ocurre un mejor día que en nuestro cumpleaños?

Me subí lentamente la falda dejando al descubierto mi pierna desnuda.

—Tienes razón... —ronroneé con sensualidad, dispuesta a tirar el despacho abajo—, hoy es el día perfecto.

FIN

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:

Una noche Dorada

Una noche Contigo

Una noche Nuestra

Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa

Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!
¡Cómo tú quieras!
¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magenah
Denahi
Hinun

